

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

la ejecución será a las seis

CURTIS GARLAND



SS

SERVICIO SECRETO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

CURTIS GARLAND

LA EJECUCIÓN SERÁ A LAS SEIS

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.231

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 95 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1974

© Curtis Garland - 1974

texto

© Enrique Martín - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.212. — Madrugada mortal.

En Colección PUNTO ROJO:

618. — Mi última novela.

PRÓLOGO

Ya falta poco.

He preguntado la hora hace unos minutos. El celador se ha resistido a dármele. Pero al fin lo ha hecho, de mala gana.

Las cuatro menos veinte minutos. Ya es esa hora. ¡Dios mío, qué rápido pasa el tiempo cuando queda tan poco por delante...!

Una noche en vela dicen que siempre es larga. Yo las he pasado así, y recuerdo ahora que los minutos eran interminables. Que cada instante era una eternidad. Y ahora, sin embargo...

Ahora, todo se pasa en un vuelo, en un suspiro. No hay noche más larga ni más corta a la vez. Ninguna noche puede ser como... esta última noche.

La última en la vida de un hombre.

La noche de la ejecución. La noche de la muerte fría y despiadada que administra la máquina de la justicia, emulando al más terrible de los asesinos.

Ya no puedo hacer nada. Nada en absoluto por salvar mi vida. He jurado mil veces mi inocencia ante los jueces, jurados, fiscales y abogados. He gritado hasta enronquecer, golpeándome contra los barrotes y los muros de la celda, aullando una y mil veces que yo no he matado, que yo no soy culpable, que van a ejecutar a un hombre inocente, que todo esto es un terrible y monstruoso error judicial.

Todo inútil. Nadie me ha hecho caso. Nadie me ha escuchado. Y si lo ha hecho, no ha creído en mí en absoluto.

Mi abogado ha dicho que presentó la apelación formal en estos casos, ante el gobernador del Estado. Que aún queda una esperanza: la conmutación de la pena a última hora, el perdón que le salve a uno de entrar en la cámara de la muerte. Solo el gobernador puede dar ya esa orden, levantar su teléfono y llamar a la Penitenciaría, para avisar al alcaide, y que todo quede en suspenso antes del momento fatídico.

Pero mi abogado no tenía convicción en su voz cuando me habló. Mi abogado no expresaba la menor fe en sus palabras ni en

sus ojos sombríos, pese a que incluso sonrió y me dio una palmadita en el hombro, confortante y alentadora.

Entonces supe que no quedaba esperanza. Que todo era en vano. Que el gobernador nunca escuchará la petición de clemencia. Que no descolgará ese teléfono. Que el alcaide de San Quintín jamás recibirá esa llamada.

—Estoy preparado —le dije entonces a mi defensor legal—. Para lo peor, Sutton.

—No, muchacho —rechazó, airado—. Eso nunca. Hemos tenido mala suerte, es todo. El fiscal es joven, vigoroso, tiene magnetismo. Y había cierta hostilidad en ese jurado... Debí impugnarlo cuando aún era tiempo.

—Ya no sirve de nada lamentarse —suspiré—. Se ha terminado todo. No creo que me haya defendido demasiado bien, pero confieso que puso voluntad en ello. No le guardo rencor por el fracaso.

—Aún no hemos fracasado.

—¿Usted cree, Sutton? —dije con amarga ironía—. Soy inocente. No maté a nadie. Y, sin embargo, por un maldito error, por un fallo de la omnipotencia y todopoderosa justicia de los hombres, que se cree infalible, voy a pagar con la vida un delito que no cometí.

—Ningún hombre es infalible, amigo mío —suspiró Sutton—. Y la justicia está hecha y administrada por los hombres. No debe dejarse hundir en la desesperanza. Sé que lograremos algo, estoy convencido de ello, Farrell.

—No, no está nada convencido —le rechacé, con disgusto—. Usted es el primero en saber que no hay remedio. Que se han terminado las esperanzas. Que este es el fin...

No se atrevió sino a formular una tímida protesta que pretendió ser muy enfática y no lo consiguió.

Luego me dejó a solas con mis pensamientos, mi desesperación, mi angustia. A solas con mis celadores. Y comenzó la última, la terrible noche...

Esta tremenda noche en que solo un destino me puede esperar, inexorable: la muerte en la cámara de gas.

Esa tremenda forma poliédrica, dentro de la cual espera el mecanismo de muerte, el ácido que se disolverá, emitiendo el gas

letal... La sociedad se defiende con fría y cruel habilidad. No mata brutalmente, como antes, de un hachazo o con una soga. El refinamiento ha llegado incluso a la muerte de un hombre por la vía legal. La química se supone que endulza el trance final. Bueno, es lo que ellos dicen. Yo no puedo estar de acuerdo. Pero mi criterio no cuenta en eso. No cuenta el de ninguno de nosotros, los condenados. La sociedad tiene razón. Cree tenerla. ¿Qué discusión cabe ante eso?

Sí. Van a ejecutarme. Todas mis protestas de inocencia, todo cuanto argumenté, ha sido inútil. Yo, Lester Farrell, debo morir. Y voy a morir. Lo dijo el jurado cuando, con vez solemne, un tipo de chaqueta arrugada, rostro de imbécil y nariz abultada, pronunció la solitaria y tremenda palabra:

—Culpable...

Luego, el juez hizo que me levantara. En pie, escuché solemnemente sus palabras:

—... Y escuchado el veredicto del jurado, este tribunal considera al acusado culpable de asesinato en primer grado, y le condena, Lester Farrell, a la pena capital. Que será cumplida, en el término de quince días, en la Penitenciaría de San Quintín.

Eso fue todo. ¿Para qué más? No era posible añadir cosa alguna a semejante veredicto final. Fotografías de periodistas, revuelo, comentarios... y el regreso a mi celda. De allí en coche cerrado, hasta San Quintín.

Una celda, durante catorce días exactamente. Luego el traslado dentro de los propios muros de la prisión, al pabellón especial, destinado a los condenados a la última pena. La celda de la muerte. La espera.

Y hoy, en la mañana, el fin.

A las seis.

Las seis en punto de la mañana. Ellos siempre son puntuales. En estas cosas, siempre lo son. Cronométricamente puntuales.

La ejecución es a las seis...

En ese momento, Lester Farrell estará entrando en las tinieblas eternas. En la zona oscura situada más allá de la vida. De donde jamás se regresa ya.

—Las seis... —me oigo murmurar a mí mismo—. Y ya son casi las cuatro. ¡Solo dos horas, Dios mío...! Y yo sé que esa llamada

providencial nunca llegará a San Quintín. Nunca sonará el teléfono de mi salvación. Sutton, mi abogado, dijo que hablaría con Todd Eisner, si llegaba a dar con él en alguna parte de Los Ángeles.

Pero será inútil. Yo sé que será inútil. A pesar de Sutton. A pesar de su búsqueda. Y aunque lo encuentre... ¿de qué servirá ya? ¿De qué habrá servido que logre dar con él esta noche, o acaso esta tarde, o esta mañana? Todd Eisner no es un superhombre. Es solamente un hombre, aunque quizá el mejor de todos...

Cierto que Sutton pudo sacar de aquí la grabación magnetofónica con mi voz, la *casette* grabada con mi mensaje a Todd Eisner. Y que quizá él la oiga, no sé si antes o después de mi muerte...

Si es después, nada tendrá ya remedio. Si es antes... aún sería posible el milagro. Cuando menos, el aplazamiento que permitiera buscar algún indicio, aportar alguna prueba. Si se lograra eso, se lograría la revisión del proceso. Y existiría una oportunidad, aunque remota.

Es mi esperanza. Mi única y gran esperanza. Un hombre llamado Todd Eisner. Un hombre que nadie sabe dónde está. Mi amigo. Mi mejor amigo. Quizá, quizá, mi único amigo...

Él puede hacerlo. Él puede evitar que las seis de la mañana sea mi hora final.

Pero tengo tan pocas esperanzas. Tan pocas ya...

Ahora deben ser las cuatro en punto. Dos horas tan solo me separan de ello. Solo dos...

Muy poco tiempo. Demasiado poco. Incluso para un tipo como Todd Eisner, dos horas son muy escaso tiempo para salvar la vida de un condenado a muerte.

Y sin embargo, confío. Espero... ¿Por qué confío? ¿Por qué espero?

Ni yo mismo lo sé. Acaso porque esa última puerta a la esperanza no se cierre del todo, dejándome en tinieblas.

En tinieblas para siempre.

Capítulo Primero

LA LLAVE DE CRISTAL

Todd Eisner miró su reloj de pulsera. Arrugó el ceño y contempló a su interlocutor.

—Es tarde ya, Sutton —manifestó—. Van a ser las cuatro de la mañana.

—Las cuatro menos cuarto —rectificó Erwin Sutton, abogado de Lester Farrell, enjugándose el sudor del rostro.

—Es lo mismo. Dos horas y quince minutos no sirven de nada, Sutton. Nadie puede hacer cosa alguna en ese tiempo.

—Lo sé. Pero Farrell me lo rogó tanto... Dijo que usted era su única esperanza. Que usted podía salvarle...

—Confía demasiado en mí —suspiró Eisner—. No debió hacerlo. No en esta ocasión. Ni yo ni nadie puede salvarle.

—Farrell es inocente, Eisner.

La mirada dura, fría y oscura, de Todd Eisner, se clavó fijamente en el abogado.

—Eso lo dicen todos los condenados, Sutton —rectificó, glacial.

—Lo digo yo también.

—Eso también lo dicen todos los abogados.

—¡Oh, cielos, Eisner! ¿Es usted de hielo? —se exasperó Sutton, mirando con angustia la marcha implacable de las agujas en la esfera de su reloj.

—Me gustaría serlo —Todd se encogió de hombros—... Farrell es mi amigo, Sutton.

—Pues no lo parece.

—Yo no soy su juez. Ni el abogado. Ni siquiera el fiscal. Le dije que todos los acusados juran ser inocentes. Hace falta algo más que eso para salvar la cabeza.

—Lo sé. Pruebas. Evidencias.

—¿Las hay?

—No —Sutton bajó los ojos azul claros—. Si las hubiera, no estaría ahora aquí, sino ante el gobernador de California.

—Ya —Eisner se frotó el mentón. Miró la *casette* que Sutton pusiera en la mesa. La tocó con la punta de los dedos—. ¿Es largo el mensaje?

—No —negó Sutton—. Farrell dijo que usted posiblemente no tendría demasiado tiempo para perderlo en eso. Grabó justamente ocho minutos de cinta. Dijo que sería suficiente. Si es que podía oírlo.

—Ocho minutos no empeorarán las cosas —comentó Todd Eisner, incorporándose y tomando de una estantería un pequeño magnetófono transistorizado. Aplicó la *casette*. Pulsó la tecla de funcionamiento.

En la pequeña estancia se hizo un silencio impresionante. Sutton, como fascinado, miró hacia el reproductor magnético. Eisner, impávido, encendió un cigarrillo, y paseó por la habitación sin producir ruido alguno, como un felino.

La voz brotó del magnetófono, con extraña serenidad:

—«Hola, Todd, amigo... Espero que aún esté con vida cuando oigas esta grabación. Lo espero y lo deseo. De otro modo, puedes dejar de escucharla. O guardarla. O destruirla. No servirá ya absolutamente de nada.

»Si, por el contrario, aún me queda una sola hora de vida, escúchame, por el amor de Dios. Y cree en mi palabra. Soy inocente, Todd. ¡Inocente, lo juro! Sabes que en este momento sería incapaz de mentir a un amigo como tú. Pero te doy mi palabra de que soy completamente inocente del crimen que me imputan. Ya sé que lo necesario es probarlo, y que la palabra de un condenado a muerte vale bien poco. Pero yo no la maté. Yo no maté a esa chica por cuya muerte voy a ser ejecutado a las seis de la mañana del viernes, día once.

»No sé quién lo hizo ni por qué. Pero te aseguro que no he sido yo. No tuve nada que ver en la muerte de Daisy Turner. No tenía por qué matarla. Ni lo hice. Créeme, Todd. Eres el único que puede hacerlo. Y, si te es aún posible, ayúdame. Te lo ruego. No ya por mí, sino por Karin. Ella no merece esto. Ella es la mayor perjudicada de todo el caso. Morir, a fin de cuentas, no significa ya gran cosa para mí. Pero dejar sola a Karin, saber que ella me cree culpable de la muerte de Daisy Turner... Y lo que es peor aún, que me crea mezclado con ella en ese sucio asunto de drogas, contrabando de

joyas y todo lo demás, en complicidad y concubinato con la chica muerta... ¡Por Dios, en esta hora te lo pido, amigo Todd! Haz algo. Hazlo. Por ella, por Karin. Te lo repito una vez más. Y lo haría miles de veces, hasta agotarme: soy inocente. No soy un ángel, y sabes que me mezclé en feos negocios, pero el crimen y esa chica... ¡Soy inocente por completo, y algún bastardo trata de hacerme aparecer culpable! No sé quién pueda ser... pero es así.

»Quisiera ayudarte, Todd. Darte pistas, indicios... No, no me es posible. No los tengo. No sé nada de nada, me encuentro tan envuelto en sombras como puedas estarlo tú mismo en este momento. Solo sé que Gruber tiene algo que ver en el asunto. Tú sabes a quién me refiero: Norton Gruber... También una chica, Sheree Fuller, puede saber algo. Declararon ambos contra mí. Falsearon sus testimonios. Te lo juro. Todo era mentira. Una cínica y ruin mentira para condenar a un inocente a morir.

»No hay mucho más. Cuando vi a Karin, la única vez que ello fue posible, aquí en la Penitenciaría, antes de pasar a la cámara de la muerte, le supliqué que creyese en mí, que tuviera fe en mi inocencia. Me dijo que no. Que no le era posible. No podía creerme. Lo dijo con dolor. Con los ojos secos, pero con dolor... Le rogué que hiciese algo, al menos para convencerse, aunque fuera después de morir yo, de mi completa inocencia en este horrible asunto. Solo le pedí que buscase la llave de cristal.

»Te preguntarás qué es la llave de cristal, ¿verdad, Todd? Te diré... No es realmente de cristal, sino de un material plástico imitando el cristal. Lleva un número: el 13. Sé que parece mal augurio, pero podría ser bueno para mí, si Karin la encontrase... Porque esa llave significa algo. No sé el qué, pero lo significa. Lo he recordado demasiado tarde. Desgraciadamente para mí, ni siquiera durante el proceso recordé nada de eso... La llave de cristal estaba en poder de Daisy Turner cuando la encontré muerta. Ya la habían matado, Todd, lo juro. Alguien que no fui yo. Escapé horrorizado, sin saber qué hacer. Creo que dejé huellas por todas partes, maldita sea. Pero tomé esa llave, la guardé en mi bolsillo... No sé por qué, pero lo hice. Y debe estar en casa, en alguna parte. Karin puede encontrarla. Y tratar de saber a qué o a quién pertenece...

»No he sabido nada de ella. Creo que no la buscó nunca. Porque no cree en mi inocencia y no espera nada de nada. Trata de verla,

de persuadirla para que te ayude a buscar. La llave es transparente, y en azul tiene escrito: «Glass Key». En rojo, el número trece...

»Trata de averiguar qué significa todo eso, si es que realmente significa algo. Y te suplico que no pierdas tiempo. Es todo, amigo mío. En estos terribles momentos, solo confío en ti. No me defraudes. No me dejes morir, sacrificado estúpidamente por los errores humanos, mientras el verdadero asesino disfruta de la impunidad.

»Hasta algún día, si todo va bien. Hasta nunca, Todd, si todo va mal. Y, sea cual fuere el resultado de ello, gracias, amigo».

Hubo un profundo silencio tras la última frase de la grabación. Mecánicamente, el dedo de Eisner pulsó la tecla, deteniendo el rodar susurrante de la cinta magnética dentro de su cartucho.

Cambió una mirada con el abogado Erwin Sutton. Este se pellizcaba, nervioso, el labio inferior.

—¿Había escuchado usted eso anteriormente? —preguntó Todd.

—Sí —tragó saliva el abogado—. Una vez. Pensé que podría hacer algo si no le hallaba a usted con tiempo suficiente.

—¿Hizo algo?

—No, no pude. Ese tipo, Norton Gruber, no aparece por parte alguna. Todo el mundo dice que está ausente, y no aclara más. Es un pez gordo en el hampa dorada de la ciudad.

—Lo sé. ¿Y la mujer, Sheree Fuller?

—Se negó a recibirme rotundamente. Vive en un apartamento de lujo en Santa Mónica. Dicen que la mantiene gente grande. Su amante oficial ahora es Josuah Kellerman, júnior.

—Josuah Kellerman, júnior... —silbó entre dientes Todd—. La chica vale sin duda para lo que hace, ¿eh?

—En efecto. Los Kellerman son los dueños de la mayor flota pesquera de California, y también de la primera factoría de enlatado de pescados en la costa del Pacífico —convino Sutton—. El hijo es un bala perdida. Tiene cuatro debilidades: el whisky, el juego, los coches, deportivos y las mujeres bonitas.

—De modo que Sheree Fuller es bonita.

—Mucho.

—¿Cómo lo sabe? Dijo que no quiso recibirle...

Sutton sacó de su cartera una página doblada de una revista de actualidad. Era una lámina en color, presentando a Josuah

Kellerman, júnior, junto a una especie de bomba rubia de quinientos megatones. Vestía solo un bikini tan breve, que únicamente con aquella clase y cantidad de curvas podían sujetarse las dos mínimas piezas rojas sobre su epidermis bronceada por el sol del Pacífico.

Los titulares eran expresivos:

«EL JOVEN KELLERMAN Y SU PIN-UP DE TURNO,
LA BELLA MODELO SHEREE FULLER»

Le devolvió la página de color. Se limitó a hacer una pregunta, eludiendo todo comentario sobre el físico impresionante de la rubia Fuller:

—¿Qué hizo sobre esa «llave de cristal» con el número 13?

—Visité a la señora Farrell. Dijo que no había buscado nada. Ni lo haría. No creía en la inocencia de su esposo. Sabía que se había metido en muchos asuntos turbios, que andaba entre traficantes de drogas y gente así. Que no era sincero con ella. Parece que tenía razón, eso incluso Farrell lo admite, pero sobre el hecho de que Daisy Turner fuera amante suya, y en cuanto al crimen en sí... insiste en su inocencia de forma desesperada.

—De modo que la llave no apareció...

—En absoluto. ¡Y necesitamos una prueba, una evidencia contundente, que permita al gobernador actuar, aplazando la ejecución! Tengo la palabra suya de que, si aparece realmente un indicio que permita dudar de la culpabilidad de Farrell en el crimen, hará suspender el cumplimiento de la sentencia con una llamada inmediata. Tiene línea directa y constante con la Penitenciaría. Bastaría que la policía de Los Ángeles o de otro lugar cualquiera confirmase la fuerza de esa prueba, o que el FBI diese su respaldo a la misma, para inmediatamente procederse a la suspensión y aplazamiento legal. Eso daría tiempo para intentar salvar su vida... y quizá incluso sacarle libre, declarado inocente de todo cargo.

—Muy bien —Todd Eisner consultó su propio reloj, de negra esfera digital, moderna—. Son justamente las cuatro horas y seis minutos. Falta menos de dos horas. ¿Cree de veras que puede hacerse algo en tan corto tiempo?

—No, no lo creo —confesó roncamente Sutton, dejándose caer en un asiento y pasándose un pañuelo por la frente sudorosa—. Sería todo inútil, lo sé.

—Pues aun así, voy a intentarlo —masculló Eisner abruptamente.

Y ante la sorpresa de su visitante, le invitó a salir de la habitación de aquel hotel el Hollywood Boulevard donde le había localizado al fin, tras larga búsqueda, tomando él mismo su chaqueta y lanzándose a la calle, con la *casette* de la voz de Lester Farrell en su bolsillo.

* * *

—Vaya... Nada menos que el gran Todd Eisner por aquí... ¿A qué se debe tanto honor? —interrogó con su mejor sonrisa Niko Taradash, acercándose rápido al visitante—. Creo que hacía años que no te veía en el local, amigo.

—Exageras —cortó Eisner con frialdad, deteniéndose en el último escalón que descendía hasta el local nocturno. Miró en torno, escudriñador—. Estuve aquí hace menos de un año. Y además, no me gusta que me llames «amigo». Acostumbro a elegir mejor mis amistades, Niko.

El rostro afilado y bronceado del otro se ensombreció. Sus negros ojos, estrechos y duros, se entornaron, con un destello de ira. La sonrisa de sus delgados labios se hizo una mueca, sobre el lazo negro de su smoking.

—Tú siempre tan amable, ¿eh? —masculló de mala gana.

—No tengo por qué serlo —se encogió de hombros Eisner—. Busco a Gruber, no a ti.

—¿Gruber? No está. No lo he visto en varios días, Eisner.

—Ya. La respuesta de rigor —siguió adelante Todd, impávido—. ¿Qué hace? ¿Escondese hasta que ejecuten a Lester Farrell en San Quintín?

Taradash humedeció sus labios con la punta de la lengua. Pareció sufrir una repentina sacudida, como si le hubieran descargado un golpe seco o hubiese hecho contacto con un cable eléctrico. De mala gana, replicó con indiferencia aparente:

—¿Farrell? ¿Esa rata asesina? A Gruber no creo que le

preocupen tales minucias.

—Pues deberían preocuparle —refunfuñó. Todd, estudiando el aspecto brillante de la sala, en torno a la pista central, donde actuaba una pareja de jóvenes con aspecto de hermanas gemelas, de larga melena rubia sedosa, completamente artificial, puesto que la peluca de nylon era visible a distancia. Pero a la gente lo que menos le preocupaba era la melena, y tenía toda la razón. Los dos cuerpos femeninos tenían sobrados alicientes por sí solos para hacer olvidar todo lo demás.

—¿Por qué dices eso? —Taradash caminaba junto a él con cierta inseguridad, pese a ser el gerente y hombre fuerte del negocio del Kit-Kat—. Ese feo asunto de Farrell es cosa suya. No tenemos nada que ver con él.

—Trabajó para Gruber un tiempo, ¿no? —se apoyó Eisner en el mostrador.

—Tú lo has dicho; un tiempo. Eso pasó ya. La policía no nos ha molestado en absoluto.

—Pues yo, sí —echó a andar repentinamente hacia un cortinaje lateral, no lejos de la pista—. Y molestaré a Gruber, le guste o no.

—¡Eh, espera! ¿Qué pretendes? —trató Taradash de aferrarle un brazo.

—Suéltame, sabandija —silabeó Todd, irritado. Le miró, amenazador, y el otro se apresuró a apartar su mano—. Sé que Gruber está en su despacho. Y voy a verle ahora.

A largas zancadas, Eisner se movió hacia aquella cortina, que alzó decidido. Niko Taradash avisó con voz aguda:

—Eso, a Gruber, no va a gustarle nada.

—¿Y a ti qué te importa eso? Él me lo dirá en todo caso...

Cayó la cortina tras de Todd Eisner. Rápido, Taradash se volvió hacia el rincón opuesto de la sala. Hizo un gesto. Dos camareros aparentemente desocupados, de smoking blanco, emprendieron la marcha hacia aquel cortinaje.

Ambos eran altos, fuertes y elásticos. Dos luchadores temibles, sin duda alguna. Y los dos llevaban algo más que músculos y una camisa, bajo la amplia chaqueta blanca, de solapas redondeadas, de raso crudo.

Desaparecieron por el mismo sitio que lo hiciera Eisner, justamente cuando este abría de un empujón formidable la puerta

situada al final de un pasillo al que se ascendía por cinco tramos de escalera.

—Buenas noches, Gruber —saludó fríamente al entrar en el despacho de dirección.

A Norton Gruber se le abrieron tanto los gruesos labios de su boca de sapo, que perdió el grueso habano, al tiempo que su corpachón se incorporaba, tirando la silla atrás, y su visitante de esos momentos daba un respingo, saltando como si su butaca tapizada en cuero marrón, hubiese disparado de repente sus muelles.

—¡Eisner! —aulló el director-propietario del Kit-Kat y de otros seis locales y burlesques semejantes en Los Ángeles City, en Santa Mónica, en Pasadena y en Hollywood—. ¿Qué mil diablos haces aquí, entrando de este modo en mi despacho, maldito seas?

—Tenía que hablar contigo, eso es todo. Niko puso algunas dificultades a la cuestión, y decidí hacer las cosas por mi cuenta.

—Muy mal hecho —señaló el hombre que permanecía erguido junto a la mesa, mirando ceñudo y poco sociable a Todd Eisner—. Tengo una visita. Una visita importante. No me gusta que me interrumpas cuando tengo algo que hacer.

—Otra persona te buscó ya anteriormente, sin demasiada fortuna. No supo localizarte, es evidente. ¿Has oído hablar de Erwin Sutton?

—¿Sutton? No sé quién diablos pueda ser, no le conozco de nada —rezongó malhumorado el importante cabecilla del hampa de Los Ángeles.

—Pues deberías saberlo. Es un abogado. Quiso hablar contigo... sobre un hombre llamado Lester Farrell. ¿Eso aclara tus ideas, Gruber?

—Farrell... —el hombre gordo se mordió el labio inferior casi con rabia, y miró de soslayo, muy rápidamente, al hombre que le visitaba. Añadió, muy rápido—: No entiendo nada. No sé de qué me estás hablando. No tengo asunto alguno con Farrell.

—Pues lo tuviste antes, no lo olvides. Y ahora, a él van a ejecutarle dentro de hora y media o poco más, si alguien no lo impide.

—¿Y a mí qué mil demonios me cuentas? —rugió Gruber, furioso—. ¡Vete de aquí, Todd Eisner, y déjame en paz de una vez!

No tengo nada que ver en todo eso. No trabajaba Farrell para mí cuando le detuvieron acusado de asesinato, y no voy a mover un dedo por él ni por nadie porque en ese feo caso no entro ni salgo.

—Él piensa de diferente manera, Gruber —dijo Eisner mirándole con fijeza—. Me ha dicho, desde la celda de la muerte, que tú sabes algo relacionado con la muerte de Daisy Turner.

—¡Es mentira! —le contempló, realmente enfurecido—. Además, nadie puede ver a un condenado a muerte en la celda previa a la ejecución.

—No hace falta verle para hablar con él. Existe lo que se llama «última voluntad». Habló conmigo. Me pidió que descubriera al auténtico asesino de Daisy Turner. Y es lo que estoy intentando ahora. Sabes que soy mal enemigo, Gruber.

—Yo no soy tu enemigo. ¿Lo eres tú mío, acaso?

—Hablabas del asesino de la Turner, no de ti... a menos que seáis la misma persona —rió entre dientes Eisner.

—Vete al diablo —farfulló—. ¿Quieres dejarme en paz con mi visita? Tengo muchos asuntos por resolver, y muy poco tiempo libre. De modo que será mejor que te largues. No sé nada de ese asesinato. Farrell se equivocó. Es todo.

—¿Seguro, Gruber?

—Seguro, sí —afirmó él, rotundo.

—¿No conoces un lugar, sea club nocturno, motel, hotel o residencia, que se pueda llamar... Glass Key?

—¿La llave de cristal? —negó, arrugando el ceño previamente—. No, no me suena. ¿A qué viene eso ahora?

—¿Tampoco conoces a una chica llamada Sheree Fuller, una especie de bomba rubia de alta fuerza explosiva, muy amiga de los bikinis breves y de hombres ricos, como Josuah Kellerman júnior, por ejemplo?

Gruber, por alguna razón, se quedó sin habla. Boqueó, apurado, mirando alternativamente a su visita y a Eisner, bastante pálido el semblante. Fue el visitante quien intervino en la conversación, con sequedad y firmeza:

—Yo soy Josuah Kellerman sénior. ¿Qué ha dicho usted de mi hijo, señor Eisner?

Capítulo II

VIOLENCIA

Era un hombre enjuto, no muy alto, elegante, de cabellos muy blancos y cuidados, facciones afiladas y sensitivas, y ojos taladrantes, color gris acero. Vestía un smoking negro sin nada llamativo en él. Solo un anillo de diamantes, en su mano izquierda, destacaba con repentinos centelleos.

Eisner no había prestado hasta entonces demasiada atención al visitante. La cosa era diferente ahora. Lo estudió con calma, frotándose el mentón pensativamente. Luego, su respuesta fue escueta y fría, como él acostumbraba a ser siempre:

—Tiene una amiguita rubia llamada Sheree Fuller. No es ningún secreto. Acostumbran a aparecer juntos en los magazines de sociedad y de chismorreo.

—Mi hijo aparece en esa clase de revistas muy a menudo. Y no solo con Sheree Fuller.

—Lo imaginé. Pero las demás no me importan. Solo Sheree Fuller.

—¿Por qué ella?

—Porque también la nombró Farrell en la Penitenciaría.

—Y... ¿y a mi hijo? —preguntó con tensión en su voz el magnate de la pesca y la conserva de pescados—. ¿También lo mencionó Farrell?

—No. A nadie más, señor Kellerman —suspiró Eisner—. Si eso le preocupaba, puede estar tranquilo.

—No me preocupa nada —le replicó el millonario, incisivo—. ¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Solo cuando uno está muy preocupado visita a un tipo como Norton Gruber, a menos que tenga negocios con él. ¿Los tiene usted, señor Kellerman?

—Ya basta, Eisner —terció acremente Gruber—. Esto es intolerable. Estás ofendiendo a todos con tus insinuaciones. El señor Kellerman deberá disculparme a mí, por permitir que esto suceda,

pero te aseguro que vas a pagarlo caro, entrometido del diablo.

—¿Piensas matarme de un modo parecido a como murió Daisy Turner? —rio Todd entre dientes, con sarcasmo.

Los ojos de Gruber centellearon. Kellerman intervino, sacando de su bolsillo una tarjeta de color ocre, con letras en relieve. Llevaban su nombre y nada más. Tomó una pluma de la mesa de Gruber y trazó bajo el mismo una rúbrica seca. Tendió la cartulina a Eisner.

—Presente esto en la Central Armadora Kellerman, de Redondo Beach. Le harán pasar a mi presencia sin pérdida de tiempo. Me gustaría hablar con usted, señor Eisner.

—Muy amable —Todd guardó la tarjeta—. Pero no creo que haya tiempo para eso. Farrell va a morir a las seis. Queda muy poco tiempo.

—Yo no me preocupo por Farrell, sino por mi hijo —replicó secamente Kellerman—. Y pago bien a quien trabaja para mí, no lo olvide.

—No lo olvidaré. No soy detective privado, pero nunca rechazo un dinero que pueda ganarse con cierta honestidad —manifestó Todd. Luego, miró a Gruber, agresivo—. ¿Insistes en que no sabes nada, absolutamente nada sobre Farrell y la Turner?

—¿Y yo qué diablos puedo saber? —masculló el dueño del Kit-Kat con disgusto—. Mira, no quiero seguir viéndote aquí, molestándome constantemente. ¿Por qué no pruebas fortuna con Hoggart?

—¿Hoggart? —arrugó el ceño Eisner.

—Sí, Marcus Hoggart. Es policía de Los Ángeles. Detuvo a Lester Farrell por aquel asesinato.

—También podría preguntar entonces al policía que le tomó declaración, al que cerró la puerta de su celda, al juez que le condenó y a...

—No has entendido. Hoggart es policía. Pero también estaba chiflado por Daisy Turner. Odiaba a Farrell. Y por añadidura, me consta que es uno de esos tipos que se venden, que se dejan sobornar fácilmente por cualquiera, para ganar dinero con que mantener un tren de vida que su sueldo no podría darle en modo alguno.

—Vaya, eso es diferente. Muy diferente... Yo diría que cambia

por completo las cosas. ¿A qué división pertenece el tal Hoggart?

—A homicidios, amigo mío. A homicidios, precisamente.

Todd Eisner no respondió nada. Se limitó a saludar con una seca inclinación al millonario Kellerman. Y se alejó decididamente, diciendo por el camino, sin girar la cabeza siquiera:

—Espero que, realmente, no sepas más de ese asunto, Gruber. En caso contrario, lamentaría tener que volver a visitarte...

Y su tono, aunque tranquilo y pausado, tenía un algo amenazador que pareció inquietar a Gruber y sorprender a su visitante, Josuah Kellerman sénior.

* * *

El Kit-Kat y sus luces quedaron atrás. El guiño lívido del luminoso, sobre la acera y calzada húmedas de la calle, era como un reverbero de color en charol negro y brillante.

Todd Eisner caminó hacia el lugar donde dejara aparcado su automóvil, con paso firme, seguro de sí. El nombre de Marcus Hoggart, policía corrompido, y amigo o admirador de Daisy Turner, bailaba en su mente.

También otros nombres danzaban en ella con igual fuerza: Gruber, los Kellerman...

Y el tiempo pasaba velozmente. Su reloj marcaba ya las cuatro y treinta y cinco minutos. Menos de hora y media para el instante fatídico. Era tan poco lo que quedaba por delante, que prácticamente no valía la pena luchar. Pero lo estaba intentando todo. Y sin demasiadas esperanzas, por cierto. Pero había que hacerlo. Un hombre esperaba la muerte, allá en San Quintín. Un hombre inocente, que solo confiaba ya en él.

Fuera, en la ciudad, alguien estaría contando también esos minutos. Para ese alguien, transcurrirían sin duda mucho más lentamente. Porque ese alguien sería el asesino. El verdadero asesino de Daisy Turner.

Todd detuvo sus pensamientos con brusquedad. Miró atrás, receloso.

Eran dos hombres los que caminaban por la amplia acera, hablando entre sí animadamente. Al parecer, no tenía nada de extraño. Eisner, rápido, miró al aparcamiento, situado a la entrada de una especie de pasaje cerrado, bastante oscuro, próximo al Kit-

Kat.

Otro hombre silbaba entre dientes, con toda normalidad, abriendo la portezuela de un automóvil oscuro. Demasiada normalidad en todo.

La luz roja de alerta se encendió en el cerebro de Todd Eisner. Rápidamente, su aguda intuición le avisó del peligro inmediato. Aquellos hombres no eran lo que parecían, estaba seguro de ello. Había algo raro e inquietante en su actitud tan normal, tan desenfadada.

Los tres iban a confluír en un punto, si los cálculos mentales de Todd no eran erróneos: en su propio automóvil, muy visible por ser de color rojo guinda, y aparcado en el centro de una hilera.

Eisner siguió adelante, como si nada presintiera ni temiera. Todos sus nervios y músculos estaban en tensión. A punto de dispararse.

Alcanzó la proximidad de su automóvil. Si se encerraba entre su coche y el inmediato, se encontraría virtualmente encajonado y sin defensa posible. No era esa su intención, ciertamente.

Pero fingió que iba a hacer lo que los tres hombres imaginaban. El del automóvil había iniciado su entrada en el coche, pero solo iniciada. Un salto afuera le permitiría enseguida hallarse justo detrás de Todd cuando este fuese a abrir su propio automóvil.

Y los dos peatones ya estaban frente al aparcamiento.

Todd planeó con rapidez las cosas. Llegó junto al automóvil, pero por la puerta opuesta, como si fuese a abrirla por el lado contrario al volante, en busca de algo. Eso situaba a los tres hombres ante sí, bajo su vigilancia disimulada. Luego se inclinó, como si fuese a abrir la portezuela...

Apenas se inclinó, los otros variaron de actitud. Los dos transeúntes aceleraron su paso, precipitándose sobre él. El tercero, en el aparcamiento, avanzó rápido, rodeando un coche, para salirle por la espalda.

Era la maniobra prevista, si sus temores se cumplían. Y se estaban cumpliendo.

Todd Eisner actuó sin pérdida de tiempo, con una celeridad pasmosa. Se precipitó hacia su propio vehículo, y saltó sobre su techo elásticamente. De allí, cayó sobre el más cercano agresor, que al verle actuar así, echó mano instintivamente al interior de su

chaqueta.

Eisner no le dejó sacar arma alguna. En vez de ello, le descargó un formidable impacto con ambas piernas flexionadas, al dispararlas contra su rostro. Y los zapatos se estrellaron en la boca y nariz del hombre, haciendo brotar la sangre tumultuosamente.

—¡A él! —jadeó uno de los transeúntes—. ¡Que no escape!

—No pienso escapar, cerdos —silabeó Todd Eisner. Y se volvió rápido, cuando ya los tenía encima y el tercer adversario se debatía, pugnando por pelear, pese a su rostro bañado en sangre.

Sus brazos fueron como poderosas piezas de acero, actuando con fría y brutal precisión. Bajo la chaqueta liviana, se hinchaban los músculos vigorosos, a medida que sus manos descargaban impactos demoledores, de luchador de karate, que lanzaron a los enemigos dando volteretas grotescas contra los automóviles circundantes, en los que se estrellaron, resbalando luego al suelo.

El tercer enemigo había logrado esgrimir su arma, un revólver negro, pavonado, de cañón corto. Un «Smith & Wesson» calibre 32. Todd no le dejó apretar el gatillo.

Vertiginosamente, se revolvió, brincando en el aire elásticamente, con una fuerza y precisión increíbles, salvo para un dominador perfecto de la lucha oriental. Su pierna se disparó, veloz, y el puntapié hizo chillar al hombre, lanzándole muy lejos, de entre los dedos repentinamente rígidos y estirados, la chata pistola negra.

Luego, mientras todavía se hallaba en el aire, de resultas del fantástico brinco, al caer su cuerpo, su brazo alcanzó el hombro del agresor, y la mano su cuello, junto a la carótida. Le pegó un golpe seco, contundente, con la mano abierta, utilizando el filo de la misma.

El hombre boqueó, lívido, se encogió como si le hubieran arrancado de cuajo toda la respiración y la sangre, y se derrumbó a los pies de Eisner, completamente inmóvil.

Todd contempló a los tres adversarios vencidos. Rio huecamente.

—Hace falta algo más que tres esbirros de tercera categoría para abatir a Todd Eisner —silabeó entre dientes—. Esto es obra de Niko, sin duda...

Y volviendo la cabeza, contempló el Kit-Kat, pensativo. Se irguió. Caminó hasta el local. Saludó al portero, entrando en él con

paso tranquilo. Niko Taradash bebía un trago en el mostrador, de espaldas a él.

Le tocó el hombro. Niko se volvió. Casi se atragantó con el licor. Y perdió el color ostensiblemente, aunque fingió una sonrisa.

—¡Oh, Eisner! ¿Tú otra vez por aquí, muchacho?

Todd le heló la sonrisa y la voz en la boca, soltándole un repentino impacto con el puño cerrado, a quemarropa. Chascaron los huesos del mentón de Taradash, tan fuerte fue el choque. Se desmoronó a los pies de Eisner, con ojos vidriados, y la mandíbula desencajada por completo. El asombro general acompañó en torno de ellos el rápido suceso.

Todd se tocó los nudillos, con gesto de dolor. Sacudió la cabeza.

—Si me sobrara tiempo, bastardo, lo emplearía en hacerte una cara nueva —silabeó. Miró amenazador a los dos «gorilas» de smoking blanco que cruzaban la sala hacia él, y añadió con voz acerada—: Cuando vuelva en sí vuestro jefecillo, decidle que volveré cualquier día para ponerle la mandíbula en su sitio.

Y se encaminó tranquilamente a la salida, sin que ni siquiera los esbirros de Niko pretendieran hacerle nada. Se limitaron a inclinarse sobre su jefe, para auxiliarle.

* * *

Eran las cinco menos siete minutos. Poco más de una hora, y todo habría terminado.

La febril búsqueda en todas las guías telefónicas de Los Ángeles y ciudades vecinas, había sido completamente estéril.

Glass Key no existía como club nocturno, restaurante, hotel o motel, ni residencia de tipo alguno. Tampoco figuraba su nombre en el índice alfabético. Por ese lado, el fracaso era absoluto.

Tras la ojeada a su reloj, aprovechó que se hallaba en el locutorio telefónico para hacer una llamada.

A Karin Farrell, la esposa del condenado a muerte.

El teléfono sonó repetidamente al otro extremo del hilo. Por el momento, nadie pareció dispuesto a descolgarlo. Eso duró algún tiempo.

Luego, repentinamente, se interrumpió el timbre. Una voz lo suplió. Una voz femenina. Seca, fría, monocorde:

—¿Sí? ¿Quién llama?

—Un amigo de Lester, señora Farrell —respondió Todd.

—Lo siento. No tengo que hablar nada con usted ni con nadie — y se dispuso sin duda a colgar de nuevo.

—¡Espere! —gritó Todd—. ¡Tengo un mensaje de su marido!

—¿Un mensaje?

—Soy Todd Eisner. Él me pidió ayudarle.

—Ya nadie puede hacerlo, señor Eisner.

—No es cierto. Aún no ha ocurrido lo peor.

—Falta poco más de una hora para que ocurra.

—Puede ser tiempo suficiente, señora.

—¿Está loco? Nada puede hacerse en una hora.

—Los milagros ocurren en un minuto. En un segundo.

—No creo en los milagros, señor Eisner.

—Hace mal. Yo he visto algunos a veces.

—¿Es usted un gran creyente acaso? —sonó desdeñosa la voz de ella.

—No soy nada de eso. Pero he visto suceder cosas que parecían auténticos milagros, si es que no lo eran realmente. Lester es inocente.

—¿Se lo dijo él?

—¡Sí, me lo dijo él! Y pudo mentir, lo acepto —se exaltó Eisner—. Pero nadie sino él podría decirlo. Los demás no creen nada ni a nadie. Y la justicia, menos que ningún otro. Ellos tienen su mecanismo. Los engranajes no funcionan, si no es con un solo lubricante: pruebas, pruebas, ¡pruebas! Evidencias, testimonios, cosas tangibles, no teorías... Yo no soy la justicia. Usted tampoco. Es su esposa. Yo, su amigo. Estamos obligados a creer en él ciegamente, mientras no, se demuestre lo contrario. Por todos los diablos, señora Farrell, ¿es que va a dejar que ejecuten a su marido sin mover un solo, dedo en su favor?

—¿Acaso serviría de algo que yo moviera ese dedo?

—Puede servir de mucho. O de nada, no lo sé. Puede resolverse todo, o continuar igual. No le garantizo nada. Pero hay que hacerlo. Hay que intentarlo, cueste lo que cueste. Todo está perdido. Intentemos ganar algo. Aunque sea tiempo.

—Tiempo... Hasta el tiempo se ha perdido ya, Eisner. Todo el tiempo...

—Casi todo, señora —rectificó fríamente Todd—. No es lo

mismo. Tenemos esa hora y pico a nuestro favor. No es mucho. Pero vale la pena hacer algo. Usted tiene que hacerlo como lo hago yo, señora. Aunque crea que él no sea inocente... en un supuesto idilio con la tal Daisy Turner, cosa que yo tampoco acepto, ciertamente.

—Por favor, yo no he hablado de eso, Eisner.

—Pero yo, sí. Y vale más afrontar las cosas tal como son. Un supuesto romance con una mujer, no tiene gran importancia al lado de un asesinato... y de la cámara de gas.

—Para mí, puede que sí lo tenga.

—Pues resuelva después ese asunto con Lester. Pero no se vengue de él dejando que lo maten legalmente. Sería una baja y ruin revancha la suya, señora. Algo que, ciertamente, no la haría a usted mucho mejor que a quien mató a esa chica, sea Lester o no.

Hubo un silencio al otro extremo del hilo. La señora Farrell dudaba, evidentemente, entre tres impulsos: su convicción en la culpabilidad del esposo, sus celos de mujer que se siente engañada en el terreno sentimental... y su débil intento de poner alguna fe en el hombre presuntamente culpable.

Al final, su respuesta fue como un soplo esperanzado y tenue en la voz de Todd Eisner:

—Está bien... Le espero, si quiere venir. Y si hay tiempo de ello aún. Le mostraré algo.

—¿La llave de cristal? —preguntó Todd, tenso.

—Sí... entre otras cosas —afirmó ella roncamente.

—Bien —una rápida ojeada al reloj le bastó a Todd—. Estoy cerca. No tardaré nada. No puede perderse ya un solo minuto... y pronto van a ser las cinco de la madrugada. No abra a nadie. No se deje engañar por nadie. Tengo motivos para pensar que otras personas buscan toda evidencia a favor de su esposo.

—¿Cree usted de veras que esa llave de plástico sea una evidencia?

—Sí. Creo que sí —afirmó él—. Llego enseguida.

Colgó. Conocía bien la dirección de Lester. Para algo eran amigos. Salió del locutorio telefónico de servicio permanente. Tomó su coche. Se lanzó velozmente a través de los bulevares, desiertos a aquella hora. Algunas brigadas de riego lanzaban el chorro de agua de sus mangueras sobre el asfalto pegajoso de la urbe. Los Ángeles, en la madrugada húmeda, era una sinfonía de luces, y guiños de

color y luminosidad, como millones de ojos abiertos a la noche.

Todd Eisner no hizo sino dirigir una leve y rápida ojeada al retrovisor para darse cuenta exacta de lo que sucedía: le estaban siguiendo.

Un coche azul oscuro marchaba tras él, con su placa del estado de Nevada visible a los reflejos rápidos de las luces del alumbrado callejero y los grandes luminosos comerciales que desfilaban ante ellos.

Un momento después, tras cambiar de avenida con rápido giro en dos ocasiones, volvió a mirar atrás. Allí estaba, invariable, el convertible azul, con placa de Nevada.

No había duda. Los tenía detrás, fuesen quienes fueren.

Acceleró. Ellos aceleraron. Salvó un semáforo en rojo, a riesgo de que un motorista de servicio surgiera en pos de él para multarle. El coche azul también salvó ese semáforo. Ya no había duda al respecto, si es que alguna vez pudo tenerla.

Se preguntó mentalmente Todd Eisner qué iba a suceder después.

Tuvo la respuesta casi inmediatamente. Sintió un impacto seco en alguna parte de su coche. La dirección no le respondió, y se dio cuenta de que un neumático no rodaba en forma debida. Se volvió.

Una mano enguantada asomaba por la ventanilla del coche azul. Empuñaba una potente pistola «Walther PPK», humeante. Y con largo tubo silenciador. Eso explicaba que hubiera ignorado el disparo que acababa de agujerear su neumático en plena marcha.

Tuvo el tiempo justo de abrir la portezuela y saltar afuera de su coche. Este se fue hacia la acera, la salvó, y se incrustó violento, estruendosamente, en el gran escaparate de un negocio rutilante de electrodomésticos.

Todd Eisner rodó por la acera, dando ágiles volteretas de elástico acróbata circense, sobre sí mismo. El coche azul se detuvo junto al bordillo con un chirrido de frenos. Se abrió una portezuela. Un hombre asomó, vestido de gris, con la «Walther» de poderoso calibre en su diestra. Le encañonó, decidido a disparar de nuevo, mientras él seguía rodando sobre sí mismo, lejos del gran escaparate en el cual llameaba ya su coche violentamente...

Eisner vio la muerte frente a sí.

Tan cerca o más que podría verla ahora en su celda de San

Quintín, un hombre condenado a la cámara de gas...

Capítulo III

CARRERA HACIA LA MUERTE

Luego, ocurrió lo que tenía que ocurrir y él presentía, al alejarse dando tumbos sobre la amplia acera de Wilshire Boulevard.

Su automóvil estalló, en el interior del establecimiento de electrodomésticos, con más de medio coche fuera de la tienda, incluido su depósito de combustible en la parte posterior.

Todd se hallaba algo esquinado, dada su acción rodante sobre el asfalto. En cambio, su agresor estaba de frente, iluminado por las luces chisporroteantes del negocio, y por las llamas del automóvil incendiado. Por eso llevó la peor parte.

Al estallar el coche, el fegonazo le deslumbró. Los vidrios, las llamas y pavesas, saltaron hacia él. Gritó, cubriéndose instintivamente con el brazo. Algo le alcanzó, haciendo arder su americana. Intentó echarse atrás, huir de aquel desastre, mientras el coche azul se ponía lentamente en marcha de nuevo.

Para entonces, Todd Eisner estaba a punto. Se precipitó en una zambullida formidable sobre las piernas de su agresor. Las rodeó con ambos brazos, derribándole aparatosamente contra el asfalto. La «Walther PPK» se escapó de sus dedos, dando botes sordos sobre la acera.

Eisner le dejó seco de un mazazo bestial en la nuca. El tipo se quedó encogido, como un pelele. El coche, rápido, aceleró, alejándose presuroso por la avenida. A alguna distancia, hubo el ululante sonido de una sirena policial.

Todd dirigió en torno una mirada veloz. Pocos transeúntes circulan por Wilshire Boulevard a las cinco de la mañana, y los pocos que lo hacen, huyen como alma que lleva el diablo de cualquier señal de violencia o de escándalo. No había nadie en derredor.

Rápido, saltó como un felino a por la magnífica automática silenciosa, la guardó en su chaqueta, y corrió a ocultarse en la calle adyacente, alejándose luego presuroso del lugar donde acababa de

perder un automóvil, pero había ganado a cambio el derecho a seguir disfrutando de su propia vida.

Y quizá, también de la de Lester Farrell. Porque dejarse aprehender ahora por la policía, extenderse en explicaciones o denuncias, agotaría mucho más de una hora.

Y ese era todo el tiempo que le quedaba para salvar a Lester Farrell del gas letal de San Quintín.

* * *

A las cinco en punto había llegado Todd Eisner ante el apartamento que ocupaba la señora Farrell, en ausencia definitiva de su esposo, si las cosas ocurrían como se temía que ocurriesen.

Solo unos minutos necesitó Todd para cruzar dos bulevares y unas cuantas manzanas más.

Y en solo unos minutos, algo había sucedido que complicaba, las cosas.

Todd estuvo seguro de ello cuando se encontró ante la puerta del piso, entreabierta.

Aquello solo podía significar algo malo. Le había advertido a la señora Farrell que no abriese a nadie. Y la puerta estaba franca para quienquiera que deseara entrar en la vivienda.

Eso era peligroso... si es que el peligro no había pasado ya por allí, dejando su huella trágica. Todd Eisner temió lo peor al entrar en el piso. Por ello lo hizo con la mano hundida en el bolsillo de su americana. Y empuñando la culata de la pistola «Walther», dentro de ese bolsillo.

—Señora Farrell —llamó suavemente—. Karin, ¿está usted aquí?

No hubo respuesta. Los temores aumentaron dentro de Todd. Había luces en el apartamento. Todo ello contribuía a crear un clima de anormalidad. Estaba seguro de que algo había sucedido. Esperaba que no fuese lo peor.

Encontró a Karin Farrell en el gabinete, cerca de la puerta de un dormitorio en el que brillaba la luz de una lámpara sobre la mesilla, proyectando violentas sombras los muebles y objetos decorativos.

Estaba tendida entre un sofá y un mueble-bar, completamente inmóvil. Había sangre en su rostro, en sus cabellos oscuros, salpicados por algunas canas. El temor de Todd subió de grado al precipitarse hacia ella. La tocó el cuello. Respiró hondo.

Palpitaba la sangre en sus venas. Estaba cálida. No era un cadáver, por fortuna. Solamente una mujer inconsciente, herida. Con ser mucho posiblemente, porque significaba violencia, y quizá, un nuevo fracaso en el fondo, no era lo peor que podía suceder. Todd Eisner se apresuró a buscar en el aseo un frasco de, sales. También mojó una toalla, y la puso en la nuca de la dama, al tiempo que le daba a oler las sales.

Ella se recuperó rápidamente, pero con expresión profundamente aturdida. Todd observó que la sangre le brotaba de un corte sufrido encima de la sien derecha, justo sobre su cuero cabelludo. Alrededor, la piel se oscurecía en un hematoma.

—Alguien la ha golpeado, señora Farrell —dijo Todd secamente, al verla abrir los ojos y mirarle con fijeza.

—¿Quién... quién es usted? —gimió ella, vacilante.

—Todd Eisner, señora. Le dije que vendría enseguida.

—¿No... no era Todd Eisner... el otro?

—¿Qué otro? —la apremió él—. ¿El hombre que la atacó?

—Sí. Llegó... y dijo que era Eisner. Le abrí...

—Hizo mal. Pero comprendo su error. No se me ocurrió que alguien pudiera tener interceptado su teléfono. Solo así se explica que la engañaran con tal rapidez —la miró, atento—. ¿Puede describirme al hombre que se hizo pasar por mí?

—Era... Era alto, fuerte. De pelo oscuro... Nunca le vi antes de ahora... Primero se mostró amable, cordial. Luego, de repente, cuando le mostré la... la llave, me atacó, arrancándomela de la mano, y golpeándome cuando intenté resistir. Ya no recuerdo más...

—Ni hace falta —Todd se mordió el labio, nerviosamente—. De modo que le quitaron la llave de cristal...

—Me temo que sí —afirmó con voz ronca ella—. Parecía ser su objetivo único.

—Espere —Eisner fue hacia el teléfono. Lo descolgó, y marcó un número—. Hay que intentarlo todo, aunque no creo que resulte.

—¿Intentar qué? —se interesó ella.

—Ya lo verá —esperó. Inmediatamente, atendieron su llamada. La voz de una telefonista le informó:

—Departamento Central de Policía de Los Ángeles. ¿Qué desea?

—Con homicidios. Es urgente —pidió Todd—. El capitán Neville Bridges.

—Un momento. No se retire.

Hubo una conexión breve. Luego, una voz brusca que él conocía bien.

—Capitán Bridges, de homicidios —dijo—. ¿Quién habla?

—Todd Eisner.

—Todd, viejo zorro... —masculló el policía—. ¿En qué clase de nuevo enredo andas metido?

—Personalmente, en ninguno —suspiró Todd—. Pero han intentado atacarme una vez, con intenciones que ignoro, frente al Kit-Kat, propiedad de Gruber. Han disparado contra mi coche en Wilshire, incendiándolo en un choque con un establecimiento. Y todo, porque he prometido investigar quién mató a Daisy Turner.

—¿Estás loco? ¡Lester Farrell mató a Daisy Turner, y le falta una hora para ser ajusticiado por ello!

—Pues alguien no ve con buenos ojos que yo investigue eso. Y hay más. Farrell entregó a su esposa una prueba obtenida en el piso de la Turner. Pues bien; ha sido recientemente atacada, y le han robado esa evidencia. Está ahora en su casa, mal herida y sin el objeto en cuestión.

—¿Qué clase de prueba era, Todd? —receló Bridges.

—Sería largo de contar. Y tenemos muy poco tiempo para aplazar, cuando menos, esa ejecución. Tú puedes hacerlo, telefoneando con urgencia al gobernador, Neville.

—¡Y un cuerno! ¿Quieres que pierda el puesto y vuelva a patrullar de uniforme por las calles? Solo una prueba rotunda serviría para que el gobernador aplazase la ejecución, Todd. No puedo hacer nada.

—¿Y los ataques de que he sido víctima?

—Pudiste prepararlo todo tú mismo. Eres amigo de Farrell, ¿no?

—¿Y la agresión de que la señora Farrell ha sido víctima en su propia casa?

—Ella es la esposa. Pudo destruir esa prueba y fingir una agresión. No, Todd. Lo siento, pero no vale.

—¡Bridges, una vida está en juego!

—Lo sé. Pero no me ofreces nada concreto.

—Hay más cosas. Gruber dice que Hoggart, el policía que arrestó a Farrell, tenía algo que ver con la Turner. Y que está corrompido.

—Eso tiene que probarse, Todd. Son simples suposiciones.

—También hay una mujer mezclada en el caso, que parece saber algo y se niega a declarar. Una rubia impresionante, llamada Sheree Fuller. Tiene relaciones íntimas con Josuah Kellerman, júnior. Y Josuah Kellerman, sénior, se relaciona con Gruber. ¿Sirve eso de algo para que tomes una decisión, maldito obstinado?

—No —rechazó Bridges, con aspereza—. Muéstrame algo tangible, y te creeré. Entonces podría hacer lo que me pides, solicitando al gobernador esa llamada. Pero me temo que no pueda hacerse nada ya. El tiempo se nos termina. A Farrell y a nosotros.

—Tienes razón. Me temo que cada vez puede hacerse menos... —suspiró Todd Eisner.

Colgó. Se volvió a la señora Farrell, de cuyos ojos se deslizaban dos lágrimas. Trató de confortarla:

—De todos modos, sigo en esto. Hasta el fin.

—El fin... —bajó ella la mirada—. Está tan cerca...

—¿Cree usted un poco más en su marido, Karin?

—Debo creer. Él dijo que esa llave podía ser su salvación. Y la han robado... Me han atacado. Usted mismo acaba de decir cosas horribles que le han sucedido...

—Son ciertas todas. Alguien no quiere que Farrell salve su vida... —una ojeada rápida de Todd Eisner le reveló la hora en la esfera de su reloj: las cinco y diez minutos. Solo cincuenta minutos más...

—¿No hay ningún otro camino? —musitó ella.

—No, me temo que no —rechazó Eisner, sombrío. Consultó su agenda. Había obtenido ciertos números telefónicos en el locutorio, por si le eran útiles en el futuro. No esperaba nada de ello, pero todo podía intentarse. Fue de nuevo al teléfono—. Espere aún. Queda otra esperanza.

Marcó un número. Karin Farrell se acercó, mirándole con angustia.

El timbre llamó repetidamente. Nadie parecía dispuesto a contestar. Desesperanzado, Todd ya iba a colgar. De repente, se cortó la señal. Una voz sonó tensa al otro extremo del hilo:

—¿Sí, quién llama?

—Todd Eisner. ¿Usted es Sheree Fuller?

—Soy Sheree Fuller —afirmó la voz—. Pero no conozco a

ningún Todd Eisner.

—Soy amigo de Lester Farrell.

—Oh, ¿eso? —su voz sufrió un brusco cambio, volviéndose alterada, desdeñosa—. Lo siento. No tengo nada que hablar con usted.

—¡Espere! —cortó Todd, exasperado—. También... También soy amigo de Josuah Kellerman... sénior. Me entiende, ¿no?

Estaba tirando dardos al azar. Pero pareció dar en el blanco. El tono de ella, aunque acre, se dulcificó un poco. Y cuando menos, no colgó.

—Siga. ¿Qué está buscando?

—La salvación de Farrell. Es inocente. Usted sabe algo, Sheree.

—Creí que iba a hablar de Kellerman... sénior —le recordó, irónica.

—También lo haré enseguida.

—Pues que sea pronto. Tengo una visita que debo atender. No me haga perder mi tiempo. Además, tengo sueño.

—¿Una visita... a las cinco de la mañana? No será el joven Kellerman, ¿no? —rio Todd, sarcástico.

—Métase en lo que le importe. Le hablo desde mi dormitorio. En el gabinete me espera esa visita, y los bombones se me están terminando —oyóse un chasquido de lengua goloso, junto al micrófono telefónico, casi sensual—. De modo que abrevie, amigo. Si lo que busca es un chantaje, y a cambio de un arreglo con el viejo Kellerman debo hablarle de ciertas cosas favorables a Farrell... pues, sí. Tendré que hacerlo. ¿Qué tal si nos vemos mañana?

—Me parece bien —asintió Todd—. Pero mañana... Farrell estará muerto, no lo olvide.

—También lo estará dentro de tres cuartos de hora. ¿Qué puedo hacer yo para remediarlo?

—Hablar ahora mismo. Dentro de unos minutos. Su casa no está demasiado lejos de aquí. Puedo llegar en diez o doce minutos. Si lo que me revela es lo bastante importante, hablaremos con la policía y...

—Conforme —suspiró ella—. Venga para acá. Procuraré que mi... mi visita se marche enseguida, pero no le garantizo nada. ¡Eh, espere...! Se abre la puerta... Creo que entra. Sí, viene hacia aquí... Pero... Pero ¿qué?...

Repentinamente, su voz se cortaba en un sofoco. Alterado, Todd la llamó vivamente:

—¡Sheree! ¡Escuche! ¿Qué le ocurre?

—No... No... —la oyó jadear—. Vete... Vete... ¿Por qué has entrado? No, no... ¡Oh, cielos, no entiendo...! ¡Aaaagh!

Su ronco, estremecedor alarido, llegó por el teléfono nítidamente. Luego se hizo un breve silencio, el impacto de algo que chocaba contra otro cuerpo, el ruido del teléfono al caer.

Y finalmente, el silencio total.

—¡Sheree...! ¡Sheree...! —llamó en vano Todd Eisner una y otra vez, con el teléfono pegado a su boca.

Luego lo colgó bruscamente, volviéndose con sobresalto a la señora Farrell.

—¡Usted! —masculló—. ¡Karin, llame usted a la policía! ¡Dígales que algo le ha sucedido a Sheree Fuller, y que yo voy hacia allá! ¡No explique más! ¡Pero hágalo sin falta ahora mismo!

Y sin añadir más, Todd Eisner abandonó la vivienda de los Farrell, precipitándose vertiginosamente a la calle.

* * *

El reloj era implacable.

Las cinco y treinta y cinco minutos marcaba en el momento de enfrentarse Todd Eisner con el cadáver de Sheree Fuller.

Porque la muchacha rubia, de figura esplendorosa y curvas impresionantes, estaba muerta. Con un fuerte color amoratado en el rostro y manos, hinchada la figura, desorbitados los ojos. Pese a su vaporoso deshabillé, que sin duda debió resultar turbador y lleno de sugerencias picarescas antes de que sucediera lo peor, no quedaba ahora nada atractiva. Bajo la larga melena rubia, platinada casi, era un cuerpo deforme y cruelmente atacado por la muerte, el que reposaba sobre la moqueta color frambuesa de su dormitorio.

Todd Eisner se quedó clavado ante la escena, contemplando con horror aquello que había temido durante todo el tiempo. En su ímpetu al llegar, no se había preocupado de otra cosa, que de empujar la puerta de entrada, a medio abrir, introduciéndose en el lujoso apartamento de la hermosa rubia, situado en la mejor zona residencial del Sunset.

Encontrar su cadáver, por los datos que ella misma diera

telefónicamente, no había sido difícil. Lo peor es que, apenas se inclinó sobre el cuerpo, examinándolo críticamente, con desaliento, la voz fría y pausada le hizo comprender lo erróneo e imprudente de su actitud:

—¿Puede decirme qué ha venido a hacer aquí, señor?

Levantó Todd la cabeza, llevando instintivamente la mano al bolsillo donde llevaba el arma obtenida del rufián que le atacara en Wilshire. No llegó ni siquiera a hundir los dedos en el tejido liviano de la chaqueta.

Otra arma, un revólver calibre 38, niquelado y de chato cañón, le estaba apuntando directamente a la cabeza, desde una ruda mano que no vacilaba lo más mínimo.

—Yo no haría nada, señor —silabeó el desconocido—. O habrá dos cadáveres aquí en vez de uno...

—¿Quién diablos es usted? —masculló, irritado, mirándole fijamente—. ¿El asesino?

—Si usted es el cómplice de quien mató a la chica, disimula muy mal —farfulló el hombre con sarcasmo—. Soy el sargento Marcus Hoggart, de la Policía Metropolitana.

—¡Vaya...! ¿Conque usted es Hoggart, el que arrestó a Lester Farrell por homicidio? ¿El que dicen que se deja sobornar por los peces gordos del hampa?

—¡Maldito cerdo, repita eso y le romperé los dientes a golpes de pistola! —rugió con ira Hoggart, dando un paso hacia él—. ¡Pronto! ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Todd Eisner.

—¿A qué ha venido?

—A intentar salvar a una mujer de la muerte —señaló el teléfono—. Estaba hablando conmigo cuando la mataron, sargento Hoggart.

—¿De veras? —el policía reveló su escepticismo al respecto—. ¿Y qué le dijo?

—Eso no es cuenta suya —replicó acremente—. Pero había aquí un visitante que debió de asesinarla para que no me recibiera. Iba a decir algo que salvaría la vida de Lester Farrell.

—¿La de ese asesino? —dilató sus ojos Hoggart, y luego rio burlón—. Vamos, vamos, invente algo mejor, Eisner. Ese tipo habrá sido ajusticiado ya...

—Debe llevar adelantado su reloj —replicó con acritud—. Aún faltan veinte minutos para la hora señalada.

—Es como si lo hubieran hecho ya —arrugó el ceño—. En cuanto a la persona que mató a Sheree Fuller, no se preocupe. Ya la tengo.

—¿De veras? —le miró, pensativo, contando mentalmente los segundos, los minutos que, inexorable y fatalmente, transcurrían, acercándole a Farrell hacia la muerte—. ¿Dónde lo ha guardado? ¿En el sombrero?

—No —negó, rotundo. Señaló el aseo vecino al dormitorio—. Ahí dentro. Está esposada la persona en cuestión. ¿De veras no quiere verla?

Dudó, mirándole perplejo. No soltaba su revólver.

Ni dejaba de encañonarle. El teléfono seguía colgando de la mesilla de noche de aquel dormitorio, tal como lo dejara la Fuller.

—Simple curiosidad —dijo, asomándose al aseo.

—¿No será porque ambos son cómplices en esto? —rio con ironía Hoggart a su espalda.

No le respondió. Estaba mirando al presunto culpable, esposado al tubo de desagüe de la bañera.

Era una mujer. Joven y muy hermosa.

Capítulo IV

ÚLTIMO MINUTO

No tenía el platinado pelo de Sheree Fuller, ni sus curvas agresivas ni su aspecto de mujer sensual y provocativa. Por el contrario, su cabello ofrecía una suave tonalidad caoba, el rostro apenas si lucía maquillaje alguno, la naricilla era breve respingona, los labios carnosos y la figura esbelta, bien formada, juvenil y deportiva.

Esposada allí, en el aseo, de rodillas forzosamente, con su breve falda a la moda sobre los bien torneados muslos, ofrecía un aspecto humillante. Me miró con unos rasgados y sugestivos ojos grises, casi agresivos. Sin duda me tomaba por un policía, un esbirro.

—¡Están todos ustedes locos! —jadeó, enfurecida—. ¡Yo no hice daño a nadie! ¡No maté a Sheree Fuller ni a persona alguna! ¿Es que no sirven para su oficio y tienen que inventar un culpable para cubrir sus fallos y errores? ¡Yo no he cometido delito alguno!

—La creo. Por fortuna, no soy policía, señorita. Y menos, al servicio del sargento Hoggart. Pero no se preocupe, si es inocente, lo pondré pronto en claro.

Salió del aseo, sin mirar siquiera a Hoggart. Fue al teléfono descolgado, y lo tomó, cubriendo su mano con un pañuelo, para no dañar las posibles huellas impresas en él.

—¿Qué diablos es lo que hace? —aulló Hoggart, precipitándose hacia mí blandiendo su revólver reglamentario—. ¡Suelte eso!

—Lo siento —le miré con frialdad, mientras empezaba a marcar con la extremidad de mi bolígrafo—. Estoy llamando a un superior suyo, el capitán Neville Bridges, de homicidios.

—¡No le he autorizado a hacer llamada alguna! —rugió, intentando interrumpir la comunicación de un manotazo.

—Interrumpa esta llamada, y dentro de unos minutos el gobernador del estado de California, y el propio presidente de Estados Unidos sabrán que usted, un funcionario de policía sin atribuciones, evitó una llamada que costó la vida a un hombre —le

avisó glacialmente—. Recuerde que llamo a la Central de Policía de Los Ángeles, no a ninguna otra persona. Ya está viendo marcar el número, sargento. Tengo suficiente fuerza para acabar con usted, si Farrell es ejecutado por su culpa.

Debió de impresionarle el tono, porque vaciló. Lo suficiente para qué se estableciera la comunicación. Rápido, habló Todd con urgencia:

—¡Con Homicidios! ¡Es urgentísimo! ¡Con el capitán Bridges, de parte de Eisner! ¡Hay pruebas suficientes para interrumpir la ejecución de Lester Farrell en San Quintín!

—Un momento, por favor —sonó la voz del telefonista de turno, realmente apurado—. No sé si localizaremos al capitán. Si no le pondré con el teniente Benson...

No hizo falta. Localizaron a Bridges solo un minuto después. Un minuto que pareció una eternidad. El reloj corría inexorablemente hacia las seis horas en punto.

—¿Pruebas, ha dicho? —masculló Hoggart, en la espera—. ¿Qué clase de pruebas? ¡Esto no es ninguna prueba, y usted lo sabe!

—Veremos lo que dice el capitán. Y sobre todo, lo que dice el gobernador...

—¡Todd! ¿Eres tú? —sonó tan potente la voz de Bridges, que hasta Hoggart la captó, sobresaltándose—. ¿Es cierto lo que me han dicho?

—Sí, Neville, es cierto.

—¡Apresúrate, por Dios! ¡Son solo las seis menos siete minutos!

—Lo sé. Escucha, han asesinado a Sheree Fuller.

—¿Qué?

—Tu subordinado, el sargento Hoggart, está presente aquí, junto al cadáver. Es admirable la presteza con que tu hombre está siempre cerca de todos los homicidios que se cometen en la ciudad. Sheree habló conmigo por teléfono. Yo estaba en casa de la señora Farrell. Me citó, para revelarme algo sobre la muerte de Daisy Turner. Pero tenía una visita, y de repente dijo algo sobre que esa visita entraba en su dormitorio, gritó... y dejó el teléfono descolgado. Debió de morir entonces.

—No sé si el gobernador lo aceptará como una evidencia total, pero da motivo a pensar que hay algo más que Lester Farrell en todo esto —convino Bridges.

—¡Capitán, no haga caso a Eisner! —rugió Hoggart junto al teléfono—. ¡Yo tengo aquí a la culpable, y es una mujer llamada Judy Vickers!

—¿Eso es cierto, Todd? —preguntó, indeciso, Bridges.

—Por el amor de Dios, Neville, no es hora de dudar. Ella está aquí esposada, sí. Parece una chica de muy diferente condición social a Sheree Fuller. Y jura ser inocente.

—Eso lo dicen todos. También Farrell...

—Pues uno de los dos es inocente, no te quepa duda. O acaso ambos. Creo que las muertes son obra de una misma persona. Y el asalto a la señora Farrell. Y...

—Está bien, está bien. Solo son ya seis minutos escasos. Cuelga. Voy a llamar al gobernador. Y Dios quiera que nos escuche...

Colgó Eisner, con resoplido. Luego, miró desafiante al enfurecido Hoggart.

—Ahora... —dijo— ya no depende de usted ni de mí, sargento.

* * *

Las manecillas del reloj rebasaron las seis horas.

Todd Eisner respiró hondo, aplastando el cigarrillo en el cenicero. Miró fijamente a su acompañante. El capitán Bridges sacudió la cabeza, levemente pálido.

—Cielos, ¿no hay modo de saber algo, Neville? —musitó Todd roncamente.

—No —el policía se echó atrás en su asiento—. El gobernador dijo que llamaría personalmente a mi oficina con lo que decidiese. Es todo.

—Pero... Pero ya han pasado las seis, Neville.

—Sí —convino el oficial de homicidios, tras una ojeada instintiva al reloj eléctrico de la pared de su despacho.

—Y las ejecuciones son siempre muy puntuales.

—Lo sé. Si al gobernador le pareció poco convincente lo sucedido con Sheree Fuller y todo lo demás, no habrá hecho la llamada. En cuyo caso...

—En cuyo caso, Lester ya habrá muerto.

—En efecto, Todd —resopló Bridges—. No puedes hacer nada. Tampoco yo. Nadie puede hacerlo, si él no ha tomado su resolución.

Creo que hiciste lo imposible por llegar a alguna solución, por salvar a tu amigo. Y eso, con solo dos horas por delante. Ahora, el caso escapó definitivamente de tus manos. Se agotó el tiempo.

Encendió Eisner otro cigarrillo. Era un hombre de nervios de acero. Pero existen ocasiones en las que hasta un hombre así se siente afectado. Esta era una de ellas.

—Sheree sabía algo, eso es evidente —comentó, fumando impaciente—. Algo relacionado con la muerte de Daisy Turner. Estaba en una situación difícil, porque el padre de su amiguito, el poderoso Kellerman sénior, parecía dispuesto a terminar esas relaciones de algún modo. Y ella no quería que yo le diese mi ayuda a Kellerman con tal motivo. Se creyó que pretendía coaccionarla, que yo sabía algo que la perjudicaba. A cambio de eso, iba a revelarme cuanto sabía. Maldita sea, y justo entonces... alguien la mata.

—Alguien en quien ella tenía confianza, ¿no? —sugirió fríamente Bridges—. Si era una visita suya, a las cinco y pico de la madrugada...

—Sheree Fuller actuaba en un club nocturno, además de ser modelo. Lo he leído en un diario. La anunciaban como «la escultural Venus rubia de la voz de fuego». Su actuación debía de terminar como es habitual, entre tres y tres y media de la madrugada. Sobre las cuatro o poco más saldría del club, regresando a casa. Alguien la acompañó o la esperaba, ya allí.

—¿Quizá el joven Kellerman?

—Quizá. Fuese quien fuera, cuando la oyó hablar conmigo, espiándola sin duda, resolvió silenciarla para siempre.

—Aún no sabemos cómo murió. Parece que por asfixia, pero es algo que resolverá la autopsia... El color de su piel, la crispación de su boca, la expresión de sus ojos desorbitados, así parece indicarlo. Solo que no ofrece en apariencia señales violentas sobre el cuello.

—La asfixia puede producirse sin violencia aparente —le recordó Todd—. Basta una almohada apoyada contra el rostro, bloqueando la respiración.

—Cierto. De todos modos, luego tendremos respuesta a eso. Lo importante es que murió, y no de un ataque cardíaco precisamente. Hay que localizar a su asesino. Si no hemos podido salvar a Lester Farrell y resulta inocente del fin de Daisy Turner, sí intentaremos

cuando menos vengar su ejecución en la persona del verdadero culpable. Recuerdo bien que la Turner murió por asfixia, como la Fuller. Se lo dije insistentemente al gobernador al llamarle. Y él me preguntó especialmente por ese hecho y también si existían evidencias razonables de que entre Daisy Turner y Sheree Fuller pudiese haber alguna relación personal directa.

—¿Qué le respondiste, Neville?

—La pura verdad: que obraban en mi poder suficientes evidencias oficiales. Las dos eran modelos, las dos tenían amantes ricos, y ocupaban lujosos apartamentos. Se conocían personalmente, e incluso habían sido compañeras de habitación y de trabajo, antes de prosperar.

—Ya —Eisner se frotó el mentón—. ¿Y qué hay sobre esa otra chica arrestada por Hoggart esta noche?

—¿Judy Vickers? —el capitán de Homicidios se encogió de hombros—. No sé. No hay antecedentes de ella. Ni referencias policiales de ningún tipo. Pero Hoggart la encontró saliendo del apartamento de Sheree Fuller, muy asustada, y la arrestó.

—¿Qué hacía Hoggart allí? ¿Ha explicado él su presencia cerca del piso de Sheree, lo mismo que cerca del piso de Daisy, cuando arrestó a Farrell?

—No. No ha explicado nada —Bridges arrugó el ceño—. Pero tendrá que hacerlo. Y ser muy convincente... o del mismo modo que él acusa de sospechas de homicidio a Farrell primero y a Judy Vickers después, yo le acusaré a él. Y creo que me teme lo suficiente para saber que le conviene hablar claro.

—¿No sois buenos amigos tú y él? —sonrió irónicamente Todd.

—No me gusta ser amigo de los reptiles... aunque lleven la placa de este departamento, Todd —replicó secamente Bridges—. Sería el más feliz de los mortales, si pudiera completar un expediente contra Marcus Hoggart, sargento de policía, y expulsarle del cuerpo como se extirpa un tumor maligno. Gente como él corrompe cuanto tiene a su alrededor.

—En cuanto a lo que me ha sucedido a mí esta noche, antes de morir Sheree Fuller, yo creo que...

Todd Eisner se interrumpió bruscamente. Sus nervios se dispararon como muelles.

El teléfono de la mesa del capitán Bridges había sonado con

repentina estridencia.

Los dos hombres se miraron. Bridges pestañeó, tenso. Eisner humedeció sus labios, y estrujó el cigarrillo en el cenicero, contemplando a su amigo con fijeza.

—Un momento —susurró Neville. Y tomó el teléfono—. Departamento de Policía Metropolitana. Capitán Bridges, de Homicidios. ¿Quién llama? Sí, señor gobernador. Yo mismo...

Todd se incorporó. Contempló larga, fijamente, a su amigo, mientras este asentía, muy grave su rostro, a cuanto le iban diciendo al otro extremo del hilo.

—Sí, señor gobernador —afirmó—. Sí, entiendo... Conforme... Así intentaremos hacerlo. Sí, señor... Y... gracias.

Colgó con un resoplido. Miró a Todd Eisner.

—Ejecución aplazada —habló con voz rota—. A las seis menos cuatro minutos comunicó con San Quintín. El alcaide confirmó suspensión de la ejecución, cuando ya Lester Farrell había sido sacado de la celda, camino de la cámara de gas...

—¡Dios sea loado...! —Todd cerró los ojos, con profundo alivio.

—Pero no todo es color de rosa, Todd —le advirtió Bridges—. El aplazamiento es solo por veinticuatro horas. En ese período de tiempo debemos obtener pruebas, alguna evidencia que demuestre incontrovertiblemente que una misma persona mató a ambas mujeres. El hecho de que Sheree haya muerto ahora, si fue a manos del asesino de Daisy Turner, sería la mejor coartada del mundo para tu amigo Lester Farrell. De modo que tenemos solo un día para averiguarlo. Hace falta una prueba, como mínimo. Una sola, y la suspensión de la sentencia será definitiva, hasta tanto se aclaren las cosas o se efectúe una revisión del proceso. Naturalmente, si aparece un culpable confeso y convicto, significará la libertad inmediata de Lester Farrell. Pero el gobernador no exige tanto. Le basta con una prueba para que llame de nuevo a San Quintín y suspenda la ejecución por un plazo legal de seis meses, a la espera de acontecimientos.

—Entiendo —Todd apretó los labios—. Eso significa... otro día entero de lucha contra el reloj.

Y miró a la esfera de su cronómetro, con renacida angustia.

Eran exactamente las seis y veinte minutos de la mañana.

Capítulo V BÚSQUEDA

Una inmensa factoría al borde del mar.

Gaviotas chirriantes, embarcaderos donde se alineaban los barcos pesqueros... Una gran verja rodeándolo todo. Y un cartel gigantesco: «Kellerman. Factoría Pesquera y Conservera».

El gran imperio de Josuah Kellerman sénior: Flota pesquera, enlatadora de pescados, una industria extendida por todo California. Y por todo el país, y gran cantidad de países sudamericanos.

Todd Eisner contempló todo eso, antes de acercarse a la puerta, vigilada por un guardián uniformado de verde. Y provisto de arma, además. Una barrera mecánica controlaba también el paso de vehículos, como si la gran industria conservera de Kellerman fuese el propio Fort Knox.

Mostró su tarjeta al guardián. Fue como si gritara el famoso «¡ábrete, sésamo!», de la historia de Alí Babá. El hombre de uniforme hizo un seco saludo cortés, y se apresuró a dejarle paso, mostrándole el amplio camino asfaltado, hacia un edificio encristalado, que se erguía en el centro de la gran zona destinada a recepción, selección y envasado del pescado del Pacífico, desde el sabroso cangrejo de largas y carnosas patas, hasta las arenques y el salmón.

Todd Eisner cruzó las fronteras del imperio Kellerman, que por cierto olía con bastante fuerza a pescado, y avanzó hacia el edificio central, donde sin duda se hallaba el santuario del importante hombre de negocios a quien conociera la noche antes, en la oficina de Norman Gruber, allá en el Kit-Kat.

Eran exactamente las nueve de la mañana. Todd había tenido el tiempo justo para dormir poco menos de dos horas, asearse luego, despejarse con un buen café triple, sin azúcar, tras la ducha tonificante, y lanzarse de nuevo a la calle.

Con veinte horas por delante para encontrar una aguja en el

pajar gigantesco de la ciudad de Los Ángeles. La prueba o evidencia precisa para que la suspensión de la sentencia de muerte sobre Lester Farrell fuese definitiva.

Su tarjeta era como una llave de oro que abriese todas las puertas imaginables. Solo unos minutos más tarde estaba en presencia de Josuah Kellerman sénior, en un suntuoso y fresco despacho totalmente decorado en madera, con grandes vidrieras color gris humo, cuya visibilidad desde el interior era perfecta, y desde el exterior completamente nula.

Le pareció más importante y autoritario que allá, en el despacho de Gruber. Pero igualmente calculador, frío y cerebral. También era hosco. Casi áspero. Sin embargo, su modo de mirarle, cuando apareció en la entrada, tenía mucho de irónico.

—Hola, Eisner —dijo, cortés—. Sabía que nos veríamos pronto.

—¿Usted lo sabía? —torció el gesto, caminando hacia él.

—Lo suponía, si quiere hilar fino, Eisner.

—¿Sabe ya lo de Farrell?

—Las noticias vuelan —bostezó—. Lo sé. Por eso le esperaba.

—¿Qué supone que me trae aquí? —indagó, parándose ante él.

—Quizá mi hijo. Josuah júnior.

—Quizá —le miró, irónico—. ¿Se puede uno sentar en su santuario, Rey Kellerman?

—Sí, claro —le señaló un asiento tapizado en rojo vivo, suntuoso—. Su Majestad se digna autorizarle. Tome asiento, muchacho.

—Oh, gracias, magnánimo señor —se acomodó Todd Eisner, apaciblemente—. ¿Y ahora?

—Ahora hablemos en serio —rio entre dientes Kellerman, inclinándose hacia él con aire grave—. ¿Qué quiere saber de mi hijo?

—Personalmente, no mucho. Sus devaneos amorosos, sus *flirts*, costosos o no, me tienen sin cuidado. Y supongo que a usted también. La fortuna familiar puede cubrir gastos, ¿no es cierto?

—Muy cierto. Pero hay cosas de Josuah que no me gustan.

—¿Por ejemplo...?

—Su poco amor por el trabajo, el esfuerzo personal... —sacudió la cabeza—. ¿Cómo cree que levanté yo este imperio? Empecé con un miserable pesquero que se desencuadraba solo, al menor oleaje un poco fuerte. Y a fuerza de lucha llegué a esto. Lo pagué a

plazos, y con apuros. La pesca apenas cubría gastos. Comía pescado frito y bebía cerveza barata. Eso era todo. Ahora... ahora soy Josuah Kellerman sénior. El dueño de la mejor flota pesquera del Pacífico. Y de la primera conservera del sur de California. Si algo me ocurre un día, mi hijo no me ayudará demasiado. Él tiene suficiente con su barco, su yate de recreo, por supuesto. Lejos del olor a pescado, lejos del trabajo y del esfuerzo...

Se interrumpió. Un hombre alto, espigado, muy rubio, entró en la estancia, con una serie de papeles en un portafirmas. Se acercó a Kellerman, respetuoso.

—Perdone si le interrumpo, señor —habló, con voz fría—. Como me indicó que, estuviese quien estuviera, le trajera estos contratos a firmar...

—Sí, sí —asintió vivamente Kellerman—. El señor Eisner es un buen amigo. No hay que guardar con él demasiados miramientos ni formalismos. Oh, por cierto, señor Eisner: este es Theo Bellamy, mi secretario particular y hombre de confianza...

Ambos hombres inclinaron la cabeza en mutuo saludo. Todd estuvo seguro de que la mirada azul, muy clara, del hombre rubio y delgado se fijaba en él con insistencia, pero fue solo una fugaz impresión, antes de que, una vez firmados los documentos, abandonase el despacho, con el portafirmas, tras otra inclinación cortés.

De nuevo se quedaron solos Kellerman y él. El magnate de la industria pesquera y conservera se echó atrás en su oscilante asiento. Todd habló con aire distraído, su mirada vagando por el techo del suntuoso despacho:

—¿Sabía que Sheree Fuller murió violentamente, por asfixia? —indagó, tras un silencio.

—Sí —afirmó roncamente Kellerman, sin mirarlo—. Lo sabía.

—¿Qué opina de ello?

—Lo siento por la chica. No es el modo en que me hubiera gustado que esas relaciones se cortasen definitivamente, la verdad.

—¿Deseaba que se cortasen, entonces?

—Siempre me gusta apartar al imbécil de mi hijo de las mujeres fáciles, llenas de seducción física, de poco cerebro... y de mucha ambición, Eisner.

—Lo entiendo. Es un sentimiento muy humano en un padre rico,

poderoso... y que se ha ganado todo eso con su esfuerzo y sacrificio personal. Pero... ¿aprueba la muerte como una solución a los problemas humanos?

—Nunca. Ya le di antes mi opinión al respecto; no es la causa ideal para que Josuah termine su idilio. Empezará otro parecido, cualquier día.

—¿Eso podría significar que... ya tuvo antes otro idilio, truncado también por la muerte, señor Kellerman?

—Podría significarlo. Pero no le aseguro que sea así —le miró, sardónico—. Sé por dónde va... ¿Daisy Turner, quizá?

—Quizá. Ella también murió asfixiada, posiblemente ahogada por la misma persona que asesinó a Sheree.

—Ya lo imagino. Esa persona no puede ser Farrell...

—No, no puede serlo. Podría ser su hijo.

—Yo sé que no. Josuah no mataría a nadie. Ni por pasión, ni por motivo alguno. Es demasiado cobarde para eso.

—Los cobardes también matan, señor Kellerman.

—Lapidaria frase, Eisner. Recuérdele que la grabe algún día —sacudió enfático la cabeza, en sentido negativo—. No, no creo que fuese él. Conste que no le defiende. Para eso estarían sus abogados, si llegasen a acusarle. Pero mi hijo no es un criminal. Un imbécil puede matar una vez por error, pero no dos. Mi hijo es imbécil, créame. Siempre va de falda en falda. Es su única debilidad. Eso y tirar dinero, divertirse, vivir bien...

—Usted es quien puede evitarlo.

—Ya lo sé —suspiró—. Pero soy demasiado débil. No lo entenderá, pero...

—Sí lo entiendo. Es padre —le miró Todd Eisner. Luego, varió el tema—: Por cierto, ¿qué fue a ver al ambiente del Kit-Kat? ¿Es amigo suyo Norton Gruber?

—Me está ofendiendo, Eisner. Yo elijo cuidadosamente mis amigos. Usted tal vez no lo crea, pero me está cayendo bien. Por eso le dije a mi secretario que usted era amigo mío. En cuanto a Gruber... sería la última persona en caerme medianamente bien.

—¿Entonces...?

—Entonces, amigo. Eisner, permítame que le diga algo. Gruber tiene influencia sobre muchas chicas como la Fuller o la Turner. Ambas trabajaron en sus burlesques y clubs nocturnos, antes de ser

luego meretrices distinguidas. Gruber podía influir mucho en ellas. Sabe cuestiones suyas muy delicadas, secretos con los que puede coaccionarlas. No me avergonzaré en confesarle que le pagué para que apartara a Sheree Fuller de mi hijo.

—Dinero tirado —comentó Todd, irónico—. No hizo falta gastarlo. Sheree está muerta.

—Diablo, ahora sí. Pero no anoche, cuando usted fue allá, recuérdelo. En resumen, Eisner: me gustaría ayudarle. Pero en lo referente a su amigo Farrell, no puedo hacer nada. Sin embargo, recordará que le dije que pagaba bien a quien trabajaba para mí, aunque no fuese un detective privado.

—Yo no lo soy.

—Ya lo sé —le miró con aire intrigado—. Eisner, ¿qué es usted exactamente? Eso es algo que me intriga, y que no he llegado a averiguar jamás...

—Bueno, podría decirle que soy una especie rara —rio entre dientes Todd—. Una vez fui policía. Me asquearon ciertas cosas, y entregué mi placa. Luego hice de detective privado y aún sentí más asco. Al borde de la náuseas, cerré mi oficina y devolví la licencia. Después opté por trabajar en varias cosas, pero en ninguna fija. Escribo artículos, a veces hago libros baratos que se venden bien... y hasta ayudo extraoficialmente al Servicio Secreto en cuestiones de espionaje o de defensa de la Seguridad Nacional. Soy un tipo raro, incongruente y difícil de clasificar. Creo que deambulo peligrosamente sobre una cuerda floja, entre la ley y el delito, sin caer nunca a uno ni otro lado; pero tengo amigos, y la gente me respeta porque me hago respetar. ¿Eso explica su pregunta?

—Sí, creo que sí —suspiró Kellerman. Le miró, irónico—. Lo repito: usted me cae bien. ¿Quiere trabajar para mí?

—¿En qué? Estoy trabajando ya para Lester Farrell, recuérdelo.

—Pero Lester Farrell no puede darle un solo dólar, y yo sí.

—Imagine, por un momento, que su hijo fuese culpable. Tendría que ponerme contra usted y contra él. No sería ético hacerlo cobrando de usted. Ni tampoco eludirlo, por el hecho de que usted me pagase. Farrell no me paga, pero es amigo mío.

—Y la amistad está por encima de todo, ¿no? —sonrió Kellerman.

—Sí. Todavía sí. Al menos, para mí.

—Comprendo. Gracias por su honestidad, Eisner. Eso me hace convencerme de que no me equivoco con usted. Vamos a llegar a un acuerdo, seguro.

—¿Qué acuerdo, señor Kellerman? Usted ya no me necesita, una vez muerta la amiguita de su hijo.

—Se equivoca —replicó él gravemente, inclinándose hacia mí—. Le necesito en algo más importante.

—¿Y es...?

—Drogas.

Todd se echó atrás. Le miró, muy fijo. Indagó, escueto:

—¿Qué quiere decir con eso?

—Ni yo mismo lo sé. Pero los guardacostas vigilan mis pesqueros. De alguna forma, alguien ha metido últimamente en California drogas procedentes de China y de Hawái. Creen que los pesqueros son un modo eficaz de hacerlo. Deseo librarme de esa acusación.

—¿Me da su palabra de que no interviene usted en semejante tráfico para nada?

—Palabra de honor —afirmó él, rotundo—. Puede investigar. Si caigo yo como culpable, no por ello perdería el derecho a sus honorarios. Le haré extender un documento. Y usted recibirá un cheque mío a su nombre por valor de diez mil dólares.

—¿Diez mil? —pestañeó Todd, sorprendido—. Es mucho dinero...

—No mucho, para eludir a los de Narcóticos, créame. Me siento en peligro, y no soy alarmista por naturaleza. Pruebe mi inocencia y tendrá diez mil más. Demuestre que soy culpable y la misma suma engrosará su cuenta corriente. Es mi contrato. ¿Le resulta válido?

—Desde luego —asintió Todd—. Le repito que no me gusta ser detective privado, policía ni nada parecido. Pero haré lo que pide. A cambio, no solo le exijo esos diez mil dólares previos, sino... su ayuda en el caso Farrell, siempre que no salga perjudicado su hijo.

—¿Y si mi hijo fuese culpable?

—No tendría por qué ayudarme con sus recursos, señor Kellerman.

—Conforme —le tendió la mano, y luego pulsó una tecla del interfono, pidiendo la presencia inmediata de su secretario, Theo Bellamy, con papel para extender un contrato privado. Luego,

añadió, mirando fijamente a Todd—: Trato hecho, amigo Eisner... Caiga quien caiga, excepto mi hijo. Ahora tiene usted dos casos entre manos.

—Sí, pero el suyo no me ofrece límite de días o de horas —suspiró Todd—. Y el de Farrell solo tiene veinte horas escasas para resolverse de un modo incontrovertible...

* * *

Todd Eisner supo que nuevamente le seguían.

Era preocupante ya. Sobre todo, después de las dos experiencias anteriores.

La carretera de la costa se extendía a lo largo del litoral, bordeando la playa, con chirriantes gaviotas, con oleaje suave, salpicado de crestas de espuma sobre las rocas de los arrecifes.

Volvía a Los Ángeles, al centro de la ciudad. Y alguien iba tras él.

La mirada al retrovisor le mostró un automóvil color gris aluminio, casi plateado. El parabrisas era color caramelo, contra el reflejo solar. Y la visión de su conductor, muy borrosa. De lo que no había duda es de que iba tras él.

En tres ocasiones maniobró, acelerando o reduciendo la marcha, y tomando desvíos para volver a la autopista central. El coche aluminizado siguió tras él, inexorable.

—Otro lío —masculló entre dientes—. Pero voy armado. Creo que ese tipo, sea quien sea, se va a ver en un buen lío.

Palpó la pistola en su americana. Miró ante sí, a la entrada formada por carreteras entrelazadas, umbral enloquecedor de Los Ángeles. Aceleró la marcha, esperando ver qué hacía su seguidor.

También aceleró. Los coches iban lanzados por la ruta, a vertiginosa rapidez ahora. Todd sabía que no era la policía. Y las recientes experiencias de la noche anterior no le dejaban demasiado terreno al optimismo.

Pese a todo, mantuvo la centelleante rapidez, temiendo en cualquier momento que un neumático de su nuevo coche, un «Chevrolet» de alquiler, le hiciera saltar por los aires, en mortal accidente, pero dispuesto, si ello se producía, a revolverse y coser a tiros al coche color aluminio.

De repente, comprendió cuál era la celada mortal. Y lo hizo

demasiado tarde, centrada su atención por completo en el vehículo que le seguía.

Una furgoneta comercial surgió ante él, quebrantando las normas del tráfico en la autovía, cruzándose delante de su ruta. No había tiempo de evitar la colisión, pero la prueba de que esta era previsible y prevista de antemano consistió en que el conductor de la furgoneta se precipitó fuera de su vehículo, justo al cruzarlo en la ruta de Todd Eisner.

Este no vaciló, pese a la velocidad fantástica de su vehículo. Abrió la portezuela de su lado opuesto, no la que, a su izquierda, asomaba a la carretera. Sabía que el coche color aluminio le arrollaría inmediatamente, si hacía lo previsto.

Brincó, tirándose por el lado opuesto. Su cuerpo rebotó contra la valla metálica, en el momento en que disparaba su arma silenciosa contra el coche color aluminio, que zumbaba rabioso junto al suyo, por el lado contrario a aquel en que, tras rebotar en la valla, él se vio proyectado hacia la cuneta y el césped.

Tuvo una borrosa noción de un impacto terrorífico y llameante de su coche con la furgoneta atravesada... y también del chirrido de frenos, el aullido de llantas de goma en el asfalto, y el choque final de otro vehículo, allá en la cinta asfaltada, tras el reventón de un neumático.

Luego, sintiendo correr la sangre por su rostro y cabeza, tras la herida en la valla protectora de la autopista, recibió otro golpe brutal entre el césped y un bordillo de piedra, y se hundió en la inconsciencia total, negra como la noche.

Capítulo VI

EXTRAÑA MUERTE

—Tiene la cabeza dura, señor Eisner. De otro modo, ya estaría muerto...

Contempló malhumorado al médico y a la enfermera. Sacudió con disgusto la cabeza, y entonces le asaltó un vivísimo dolor que casi le hace hundirse de nuevo en la pérdida de todo sentido.

Se llevó las manos sobre las sienes y el cabello. Encontró vendajes. Y punzadas muy intensas y dolorosas debajo. Sus manos estaban cubiertas de arañazos.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber, aturdido.

—Un caos —refunfuñó la enfermera, obligándole a tenderse de nuevo—. Su coche se hizo pedazos con otro, una furgoneta que se cruzó en su camino, saltándose las señalizaciones. Luego, un automóvil que iba tras el suyo, al reventarle un neumático, se fue contra los dos coches encendidos, ardiendo a su vez, tras convertirse en un montón de chatarra, con su conductor dentro.

—¿Víctimas?

—No había nadie en la furgoneta, usted escapó a tiempo... y solo perdió la vida el del tercer automóvil, aprisionado por el volante y la portezuela desgarrada, mientras ardía su vehículo. Algo realmente horrible. La policía ha dicho que vendrá a preguntarle por los detalles del hecho, poco más tarde.

Todd Eisner contempló el recinto blanco, con olor a desinfectantes, la luz en el techo, en un globo blanco, la ventana oscura...

¡La ventana oscura! ¡Luz eléctrica!

Se incorporó de un salto, con sobresalto. Casi gritó su pregunta:

—¡Cielos! ¿Qué hora es?

—Vamos, sérénese. No debe cometer imprudencias —le retuvieron a viva fuerza entre el médico y la enfermera—. Solo sufre lesiones superficiales en apariencia, pero en esta clase de accidentes, nunca se sabe. Luego le harán una radiografía, un

examen minucioso... En cuanto a la hora, no debe preocuparse. Ha de estar aún algún tiempo internado, por simple prevención.

—¿Internado? ¡Imposible! —aulló Todd—. ¡Eso, no! ¿Qué hora es, por amor de Dios? Está oscuro allá afuera!

—No se impaciente. No es de noche. Ni siquiera es tarde. Solo las dos y veinte minutos. Se ha nublado intensamente y llueve con fuerza. Eso es todo.

—Las dos y veinte minutos... Supongo que del mismo día de mi accidente... —tembló Todd.

—Por supuesto —rio la doncella—. Le trajeron aquí este mediodía. ¿Qué le ocurre?

—Oh, nada, nada... —bajó los ojos, pensativo, preocupado. Le dolía intensamente la cabeza, pero eso no le preocupaba ya demasiado—. Las dos y veinte... Menos de dieciséis horas en total... Solo quince horas para la muerte...

—¿Qué es lo que dice? —se interesó el médico, intrigado.

—No, nada, doctor. No me haga caso —suspiró apaciblemente Todd, cerrando los ojos—. Ya me siento más calmado, no tema. Reposaré cuanto digan. Sí, no tengo ninguna prisa por salir de aquí...

—Eso está mejor. Mucho mejor —asintió el médico, sonriente—. Repose ahora un poco. Sobre las cuatro o las cinco vendrá la policía a verle. La señorita Scott, la enfermera, le hará compañía todo el tiempo...

Dominando su disgusto, Todd no dijo nada. Se limitó a fingirse en reposo, respirando profundamente, con sus ojos cerrados. El médico se ausentó, pero no así la enfermera, que continuó allí, tranquilamente, montando guardia.

Esperó, paciente, estrujando su cerebro en busca de alguna posible solución. Pero solo lograba que la cabeza le doliese más y más.

Finalmente, a cosa de las tres de la tarde, mientras afuera se escuchaba el sordo tamborileo de un trueno, y la lluvia arreciaba contra los cristales de las ventanas del hospital, hubo una llamada, y la enfermera Scott, tras una ojeada hacia él, que debió tranquilizarla totalmente, se ausentó a atender algún caso urgente.

Todd Eisner se incorporó de un salto, corrió al armario, donde halló su pantalón con oscuras salpicaduras de sangre, su camisa y su

chaqueta rota y deshilachada. Se puso todo ello y salió de la habitación tranquilamente.

Descendió a la planta baja con tal seguridad en sí mismo, que nadie le preguntó cosa alguna. En el gran vestíbulo, tomó disimuladamente de un perchero un sombrero de lona y un impermeable, dejando en su lugar la chaqueta, con un billete de veinte dólares prendido de un alfiler en la solapa. Eso cubría sobradamente el precio de las prendas robadas.

Ataviado así, cruzó recepción sin ser molestado. Momentos más tarde salía al exterior, cruzaba la amplia avenida arbolada y llamaba un taxi, para alejarse del edificio sanitario. La tarde era sombría y borrasca. La lluvia caía con fuerza, desde un techo entoldado y lúgubre.

Cuando el taxi se acercaba a través de la cortina de agua, un automóvil se detuvo delante de él. Era oscuro, charolado por el aguacero. Al abrirse la portezuela, asomó un rostro sardónico.

—¿Por qué no sube mejor aquí, Eisner? —le ofreció el sargento Hoggart bruscamente.

Todd vaciló. Miró a la gran puerta vidriera, iluminada ya eléctricamente, a causa de la oscura tarde, que daba acceso al hospital. Varias enfermeras y su médico acudían a la carrera, en busca suya.

—Bien, sargento —suspiró—. Gracias por su invitación.

Hizo un gesto negativo al taxi, y entró en el coche del policía. Este hizo arrancar el vehículo inmediatamente, entre el sordo chapoteo de los charcos de lluvia.

* * *

—No esperaba que le dieran el alta tan pronto, Eisner —farfulló Marcus Hoggart.

Todd le miró por el espejo retrovisor, y se echó a reír, encogiéndose de hombros.

—Soy un tipo duro de pelar —explicó—. He salido de otras peores.

—Sí, ya veo. Dañado, pero no roto. ¿Qué anda buscando? ¿Qué lo trituren?

—¿Quién podría hacerlo? ¿Usted? —sonrió Eisner, desafiante.

—¿Por qué yo? —le dirigió una ojeada de soslayo, con el ceño

fruncido—. Soy un policía solamente, Eisner, aunque le caiga antipático.

—Tiene la virtud de aparecer siempre a tiempo. En los dos asesinatos, ahora aquí... ¿Estaba vigilándome?

—¿Y qué, si lo hiciera? Usted tampoco me cae bien a mí. Incluso podría ser el asesino de Sheree Fuller... solo para dar la libertad a su amigo Farrell.

—¡Vaya, qué imaginación! ¿Cree que hay alguien capaz de matar por simple amistad? Yo estaría dispuesto a cualquier sacrificio por Farrell... excepto a morir en su lugar, la verdad.

—Tiene mucha suerte siendo amigo del capitán Bridges. Me gustaría darle un buen escarmiento, Eisner.

—Ya me han dado varios. Y de todos he salido —miró atrás Eisner. Ya no se veía, el hospital ni sus luces. La ciudad toda era un amasijo borroso y gris, perdido en la lluvia torrencial—. Espero salir de unos cuantos más, antes de demostrar que Farrell es inocente. Y algunas cosas más.

—¿Sigue sospechando acaso de mí?

—Sospecho de todo el mundo, Hoggart.

—Se supone que un policía está al margen de sospechas —ironizó él.

—Un policía es, también, un hombre. Para mí, nadie está al margen de sospechas. Y menos cuando se tiene su mala fama, Hoggart.

—Todo lo que le dijeron es mentira. ¡Yo no me dejo comprar, no me soborna nadie!

—Entonces, dígaselo a Gruber. Él fue quien me dio esa pista.

—El cerdo de Norton Gruber, el hampón... —masculló, iracundo, Hoggart—. Siempre echando los perros a los demás, ¿eh? ¿Y él? ¿Quién compra los narcóticos que entran en California por vía marítima? ¿Quién los distribuye por todas partes? ¿Quién paga siempre bien a las chicas bonitas, como Sheree Fuller o Daisy Turner, para que inicien a los tipos en el uso de estupefacientes? Todo eso forma parte de su asqueroso negocio, que le pudre entre dinero.

—¿Declararía usted todo eso ante el fiscal del distrito, Hoggart?

—Sabe usted que no. Sería como ponerme yo mismo la soga al cuello. Acepto que hago la vista gorda en ciertas cosas. Uno no vive

con un miserable sueldo de policía, pero de eso a matar a nadie... hay un abismo. Abismo que los tipos como Gruber saltan fácilmente.

—O como Niko Taradash, ¿no? —sugirió malévolamente Todd Eisner.

—También. Pero Taradash me parece más inofensivo en ese terreno. No tiene cerebro para ir más allá de dirigir a los esbirros y hampones de Gruber, y dar la cara en sus sucios negocios. Eso es todo lo que él haría.

—Bien, Hoggart. ¿Por qué me ha ofrecido entonces su coche? ¿Para contarme todo eso?

—No. Para que usted me diga qué diablos está haciendo al servicio de un pez gordo como el armador Josuah Kellerman sénior.

—¡Vaya! ¿Ya sabe eso?

—¿Quién no lo sabría estando en conocimiento de que, entre sus pertenencias, se encontró un talón bancario a su nombre, por valor de diez mil dólares, firmado por el viejo emperador de la pesca? ¿Acaso piensa ayudar a su hijo en algo? Recuerde que no tiene licencia de detective y puedo meterle en un lío por aceptar dinero en esas condiciones.

—Sargento, el viejo Kellerman y yo tenemos un contrato privado. Soy algo así como un empleado suyo. Sin cargo definido.

—¿Y qué busca?

—Eso... es secreto profesional —rio entre dientes Todd—. Ya lo sabrá en su momento, seguro. Y ahora hablemos de usted y de sus cosas, sargento. ¿Cómo va su acusación contra esa chica, Judy Vickers?

—¡Diablo, no me hable de eso! —refunfuñó Marcus Hoggart, con ira—. La chica tuvo mucha suerte. El capitán Bridges la interrogó... y luego la dejó marchar. Pero, naturalmente, no puede abandonar la ciudad de Los Ángeles sin comunicárnoslo a nosotros.

—Ya es algo. ¿De modo que su sospechosa está libre, sargento?

—Sí. ¿Cómo quiere que me sienta? —se detuvo, bruscamente, ante un parking repleto de coches bajo la lluvia—. Ahora ya lo sabe todo. Puede buscar un taxi ahí. Su amigo Bridges me ha puesto en ridículo, usted quiere complicarme la vida... y yo estoy dispuesto a complicársela a todos ustedes. Con usted a la cabeza, Eisner.

—Gracias por el aviso —salió del coche, al aguacero torrencial

—. Cuando menos, por una vez en su vida, se ha dignado incluso ser leal al advertirme.

El coche oscuro de Hoggart se perdió en la lluvia, sin que el furioso sargento añadiera comentario alguno.

* * *

Judy Vickers le contempló con ojos muy abiertos.

—¡Oh! ¿Es usted? —se hizo a un lado—. Pase, por favor. No puedo olvidar que intervino en favor mío, allá en casa de mi amiga Sheree...

—Gracias —Todd entró en el apartamento—. ¿De modo que era amiga suya?

—Lo fuimos en Wyoming, donde ambas vivíamos. De eso hace ya tiempo. Sheree no soñaba con llegar adonde después llegó.

—¿A ser un amoratado cadáver en la Morgue? —bromeó lúgubrementes Todd.

—¡Oh, por Dios, no hable así! Usted ya me ha entendido. A todo lo que hizo en esta ciudad: dinero, trabajo cómodo, vida brillante y fácil...

—Todo eso, a veces termina así, como ella terminó, señorita Vickers.

—Supongo que es un riesgo del propio oficio —comentó ella, encogiéndose de hombros. Le miró de soslayo, añadiendo una pregunta suave—: ¿Cómo supo mi dirección?

—Soy buen amigo del capitán Bridges.

—Oh, sí, lo había olvidado... Bien, siéntese, por favor.

Todd Eisner asintió, tomando asiento en el gabinete pulcro y cuidado de aquel apartamento, que la joven ocupaba, desde fecha reciente, en Santa Mónica Boulevard. Era espacioso, con una gran vidriera abierta a la hosca tarde lluviosa que le tocaba vivir a la ciudad californiana.

—¿Algo de beber? —ofreció ella, avanzando hasta un mueble bar, donde sonaba suavemente la música de un transistor.

—Un poco de whisky con, soda, gracias —respondió Todd, observando la graciosa y femenina silueta de la joven de cabellos color caoba. Vestía pantalones de espuma, muy ceñidos a sus perfectas curvas, y una blusa corta, que permitía descubrir una franja de su piel entre el corpiño y el vientre.

Ella le sirvió, poniendo para sí un vaso con zumo de naranja. Observó Todd que no le añadía una sola gota de alcohol. Le sonrió, y ella lo contempló, mientras ambos tomaban un sorbo de sus respectivos vasos.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó ella al fin—. ¿Le cayó un edificio encima?

—Solo un automóvil cruzado en la carretera... intencionadamente.

—¿Es posible?

—Vaya si lo es. Podrá enterarse en cualquier periódico. Otro tipo se mató en el suceso.

—¡Cielos!...

—No sufra demasiado por él. Venía tras de mí, y entraba en el juego para liquidarme. Sacó la peor parte.

Hubo un silencio. Ella le contempló, pensativa. Al fin dijo algo:

—¿Siempre está metido en líos, señor Eisner?

—No siempre —suspiró Todd—. Los domingos acostumbro a descansar, por cumplir el reglamento laboral.

—Mañana es domingo —sonrió ella, irónica.

—Ya lo sé. Es posible que descanse... si un hombre se libra esta madrugada de morir.

—Creí que ya lo había logrado salvar, después de lo de esta mañana en casa de mi amiga Sheree Fuller —se ensombrecieron las grises pupilas de ella al mencionar a la mujer asesinada.

—Solo momentáneamente. Por veinticuatro horas. Es el nuevo plazo.

—Entiendo. Y sigue en la brecha solo por eso.

—Solo por eso.

—Es admirable. Le comprendo, porque sé lo que es la amistad. Vine a esta ciudad para abrirme camino, igual que Sheree. Ella me escribía a veces, diciendo lo fácil que era ganar dinero en un sitio como Los Ángeles...

—Y usted pensó que eso era bonito. Luego ha visto la otra cara de la moneda.

—La vi hoy, al encontrar muerta a Sheree —suspiró Judy Vickers—. Pero ya antes, cuando conocí los ambientes y las personas que rodeaban a la pobre. Entonces me di cuenta de que las cosas no eran tan fáciles ni tan agradables como ella las pintaba.

Hay que valer, para meterse en ciertas formas de vida.

—Y usted no vale.

—¡Cielos, no! —negó rotundamente—. Ahora no sé qué hacer. Llevo un mes aquí, y todos los trabajos que he encontrado están algo mejor pagados que en Wyoming... pero el costo diario de la vida en esta ciudad es muy superior al de allí. No sé qué hacer.

—Si quiere un consejo, vuélvase a Wyoming. Esto apesta, señorita Vickers.

—Había pensado seguir, pese a todo. Allí esperan que me abra camino. Mis familiares y amigos no entenderían eso. Pensarían en un fracaso.

—Que piensen lo que quieran, pero salga de aquí. No siga los pasos de Sheree por nada del mundo. ¿Tiene algún oficio concreto?

—Sí. Estenotipia, mecanografía... Cuesta trabajo encontrar un buen empleo. Muchas jóvenes que vienen aquí por el cine o la televisión, luego tienen que meterse a lo que sea para ir tirando.

—Lo entiendo. La vida es dura en las grandes ciudades. Y más aquí, con la vecindad de los estudios cinematográficos que un día fueron grandes, pero que aún atraen a la gente... Hágame caso: Wyoming la espera.

—No —declaró, determinada, adelantando su mentón con aire combativo—. Nunca.

—Está bien, quédese y luche. Pero no culpe a nadie de sus problemas, señorita Vickers. Ah, por cierto... ¿Sabe usted algo concreto sobre las amistades de Sheree? Es posible que ella tuviera la clave del asesinato de la otra chica, Daisy Turner, y por eso la mataron. ¿Es cierto que escapaba usted de allí, muy asustada, cuando ese tipo, Hoggart, la detuvo?

—Y tan cierto. ¿Qué hace cualquier persona normal cuando va a visitar a una amiga que le ofrece su ayuda en un asunto importante para su futuro, y la encuentra muerta de ese modo tan horrible?

—Desmayarse o huir, supongo —sonrió torvamente Eisner.

—Yo jamás me desmayo, señor Eisner.

—Lo creo. Es una jovencita fuerte y combativa. Pero ¿era normal visitar a Sheree a las seis de la mañana casi?

—Claro que no. Ella se marchaba de la ciudad hoy. Me dijo que si no la veía de madrugada, al terminar en el club, no la vería posiblemente en bastantes días. Y opté por trasnochar, tomándome

varios cafés solos, para esperar a esa hora tan peregrina de visita.

—Ella se marchaba de la ciudad... —Todd arrugó el ceño, sorprendido—. Eso es nuevo. No lo sabía...

—Se lo dije a Hoggart, y no quiso ni escucharme. Es la pura verdad. Sheree me iba a dar una cantidad de dinero a título de préstamo personal, y las direcciones de unas cuantas personas, para que buscara un buen trabajo y honesto. Entonces... entonces me encontré a Sheree muerta. Escapé, horrorizada, y ese hombre horrible, Hoggart, me cazó en el corredor de la casa. No se sorprendió de nada. Parecía saber ya lo sucedido.

—De modo que Hoggart la mató, o bien salía ya de verla muerta, cuando usted llegó —meditó en voz alta Todd—. Lo raro es que ella se ausentase, trabajando como trabajaba en un club nocturno... ¿Qué podía suceder para que ella tuviese miedo y huyera? Está la visita que citó por teléfono. Usted no era, por tanto...

—No. Cuando yo llegué, ella ya había muerto. No podía telefonar a nadie.

—Bueno, dejemos eso. ¿No sabe nada más de Sheree? ¿Sus amistades, aparte Kellerman, el asunto de distribución e iniciación de drogas en que estaba metida?

—No, nada —los ojos de ella se abrieron enormemente. La lluvia y la oscuridad de la tarde nublada los hizo parecer más pardos que grises. En un día de sol, debían parecer azules—. ¿Es cierto que Sheree...?

—Si ese bastardo de Hoggart no ha mentido, me temo que sí. Ella formaba parte de una serie de personas como eslabones de una cadena hedionda que se mueve en esta ciudad: la de un tráfico de drogas llegadas del mar, de Asia en concreto, y de la que el viejo Kellerman, el armador pesquero, es sospechoso principal ante la División de Narcóticos...

Todd apuró su whisky y se puso en pie con una leve sonrisa. Sacudió la cabeza, mientras la joven Vickers se aproximaba a él.

—¿Se marcha ya? —preguntó ella, curiosamente.

—Debo hacerlo. Tengo poco tiempo. Recuerde que solo dispongo de un plazo hasta las seis de la mañana, por segunda vez en dos fechas. Y esta vez es definitivo. No habrá aplazamiento, si no aportamos una prueba contundente de que la persona que mató a

Sheree Fuller mató también a Daisy Turner.

—Entiendo. Le deseo mucha suerte. No solo por ese hombre que espera la muerte, sino por... por usted mismo. Se la merece, señor Eisner.

—Gracias. No la molesto más. Usted no ha descansado, y necesitará dormir...

—¿Dormir? —ella rio suavemente—. Recuerde que Sheree iba a darme dinero. Se agotaron mis recursos. Y va a cumplirse un mes de estancia aquí. El lunes debo pagar el alquiler de otro mes en este apartamento. También se supone que debo comer para subsistir. No, señor Eisner, no puedo permitirme el lujo de dormir. Debo buscar trabajo desesperadamente.

—Ya —Todd la miró fijo. De repente tuvo una idea. Sacó de su bolsillo la tarjeta mágica de Josuah Kellerman sénior. Se la tendió a la joven.

—Tome —invitó—. Preséntese en la Factoría Kellerman. No tiene pérdida. Está en Redondo Beach, frente a los embarcaderos de pesca. Presente esta tarjeta, y nadie le preguntará nada. Es el «ábrete sésamo» necesario para llegar hasta Kellerman mismo. Dígame que la envió yo. Le dará trabajo, estoy seguro. Y ese hombre paga bien a su personal.

—¿Cómo podré pagarle...? —comenzó ella, apagadamente, mirando con gran esperanza aquella piececita de cartulina impresa.

—Bah, olvídalo —Todd puso sobre una mesa cuatro billetes de cincuenta dólares—. Y si no se ofende, acepte este préstamo hasta que cobre su primer sueldo. Me los puede devolver entonces. A mí también me ha pagado una suma importante el viejo Kellerman porque le saque de ciertos apuros.

—¿Es usted Papá Noel? —sonrió la joven, sin mostrarse en absoluto ofendida.

—Solo un buen samaritano llamado Todd Eisner —se tocó el ala del sombrero, riendo, y se encaminó a la salida—. Hasta otra vez, señorita Vickers. ¿Puedo telefonarla para saber cómo marcha lo de su trabajo?

—Cuando quiera. O venga a verme —le pidió ella—. Creo que es el primer amigo que encuentro en Los Ángeles, del sexo fuerte, que no me pide un abrazo o un beso a cambio de un favor. Eso, cuando no pidieron algo más...

—Esta es una jungla, y hay fauna de todas las especies —comentó Todd, sarcástico, desde la puerta—. Me sorprendería que hubiera sido de otro modo, con una muchacha joven, bonita y atractiva, como usted.

—Es muy amable —enrojeció levemente la muchacha. Le miraba, curiosa—. ¿Mucho por hacer todavía?

—Mucho. Apenas si estoy empezando. El sitio adonde ahora voy no le gustaría a usted en absoluto; por eso no la invito a venir.

—¿Qué clase de antro es? —sonrió la joven Judy Vickers, con el ánimo recuperado.

—El peor de todos —suspiró Todd—. La Morgue.

* * *

Cerró el cajón frigorífico. El rótulo llevaba su nombre: «Sheree Fuller». Y debajo, un indicativo frío y escueto, como todo lo de aquel establecimiento: «Homicidio».

—No se le ven apenas las señales de la autopsia, doctor —comentó Todd Eisner, mirando al doctor Harry Slade, médico forense de la ciudad de Los Ángeles.

—Uno va tomando tanta experiencia en estas cosas, que las hace ya con los ojos cerrados —comentó con macabro sentido del humor el doctor Slade.

Salieron de la cámara destinada a guardar los cuerpos en el frío preciso para su conservación. Se cerró tras ellos la puerta vidriera hermética, y el funcionario de blanca bata que atendía el depósito, se quedó con su fúnebre mercancía.

Los dos hombres caminaron corredor adelante, pensativos. Sus pasos sonaban huecamente en el largo, lúgubre recinto, blanco y aséptico.

—¿Y bien, doctor? —habló Todd, tras un silencio en el que solo eran audibles sus pisadas, perdiéndose en ecos vacíos—. ¿Cuál es el veredicto forense definitivo?

—Asfixia, ciertamente.

—¿Provocada por estrangulamiento, quizá?

—No. No hay huellas de manos o de instrumento alguno capaz de estrangular. El cuello aparece limpio de toda señal de violencia.

—¿En ese caso... quizá una almohada contra el rostro, o una mano taponando boca y nariz durante cierto tiempo, o una mordaza

rígida que la impidiera respirar?

—Podría ser... pero no lo creemos así.

Todd enarcó las cejas. Cada vez lo entendía menos. Sugirió algo más, aunque poco probable, dadas las circunstancias:

—¿Gas?

—Eso sería más razonable —le respondió inesperadamente el médico.

—¿Cómo?

—Pudo ser un gas. Pero no dejó vestigios en su cuerpo, y el gas siempre los deja, sea de la naturaleza que sea. Lo cierto es que una tremenda inflamación de su laringe y de todas sus mucosas de las vías respiratorias provocaron una rápida asfixia, al faltarle el aire. Algo lo provocó, por supuesto, pero no sabemos qué.

—¿La autopsia no lo ha revelado?

—No. En absoluto. Esa chica se drogaba. Hay residuos de LSD y de otros estupefacientes en su sangre y en su estómago, mezclados con todo cuanto ingirió sin haberlo llegado a digerir. Las drogas halladas, que yo sepa, no pueden provocar un fenómeno así, pero si hubiera una capaz de hacerlo, quizá los residuos y efecto de las otras dificultaran el hallazgo del producto letal hasta el punto de hacerlo casi imposible, salvo conociendo su exacta naturaleza. Sus alimentos, escasos por cierto, pese a que creo era bastante glotona, no ofrecen residuos tóxicos tampoco. Comió emparedados una hora larga antes de morir. Bebió champaña, whisky, zumo de frutas... Comió después chocolate, tomó café... Un lío de diversos alimentos, que dificulta las cosas.

—Asfixia misteriosa, en ese caso —frunció el ceño Todd Eisner.

—Sí, en efecto. Muy misteriosa —convino el doctor Slade, pensativo.

—¿Y... sobre la otra muerte, la de Daisy Turner? —indagó Todd, rápido.

El médico forense le miró, sacudiendo la cabeza. Su respuesta no fue alentadora.

—En aquel caso concreto, Todd, otro forense de servicio, el doctor John Gardner, efectuó la autopsia. Su dictamen fue de muerte por asfixia, sin concretar más. Había un almohadón junto a la muerta, y Farrell había sido arrestado en aquel lugar, suponiéndose que era culpable, puesto que peleaban con frecuencia

el tal Farrell y la muerta. El doctor Gardner murió hace tres meses de un ataque cardíaco. De modo que si quiere el resultado de una autopsia más profunda, suponiendo que aún tengamos medios de hacerla con esos restos humanos... habría que pedir un permiso judicial para exhumarlos.

Capítulo VII

NARCÓTICOS

—Es una sorpresa verte por aquí, Eisner. Ya casi había olvidado que existes —el inspector Graham, del FBI en Los Ángeles, estrechó cordialmente la mano de su visitante, con una amplia sonrisa en su rostro redondo—. Mi querido amigo, algo importante debes necesitar de mí cuando vienes a verme.

—Viejo zorro, siempre me conociste muy bien, ¿no?

—Oh, claro. Por eso supe que no tendrías éxito como policía ni como detective privado. Eres demasiado honrado para eso. Debiste seguir tu cursillo, ingresar en nuestro departamento. Ahora serías alguien.

—Soy Todd Eisner, y eso me basta —rio él—. Pero acertaste en algo: busco una cosa muy importante para mí. Tengo que hacer algo por un amigo.

—Sí, supongo que sacarle de la cámara de gas ya es hacer algo —sonrió Graham.

—Vaya, las noticias vuelan, ¿eh?

—Esa ya es vieja. En el FBI nos enteramos de todo.

—Sobre todo, si hay drogas por medio, ¿no? —bromeó Todd.

Graham le miró fijamente, con seriedad. Sacudió la cabeza.

—No se puede decir que te andes con rodeos, Todd. Sí, sobre todo con drogas por medio, tienes mucha razón, muchacho. ¿Qué sabes tú de eso?

—Lo que todo el mundo: se sospecha que el viejo Josuah Kellerman las introduce en el estado de California y, al mismo tiempo, en el país. Los barcos pesqueros son un buen medio para ello, a juicio de Narcóticos.

—Por ahora, todo eso son meras suposiciones, Todd. No podemos estar seguros de nada. No acusamos oficialmente de nada al Rey de las Conservas Pesqueras... todavía.

—Pero no tardaréis en hacerlo. La relación de su hijo con Sheree Fuller empeora las cosas. Ella andaba metida en la distribución de

narcóticos y su propagación entre nuevos adictos, tentados por la bella de turno. El amor fácil, a cambio de una iniciación con el LSD, el opio, la morfina o cualquier otra cosa así. La telaraña estaba tendida, y los hombres somos a veces más estúpidos que las propias moscas.

—Sigue. Es muy interesante lo que dices, Todd. ¿Vas a darle solucionado el caso al FBI?

—¿Quién sabe? —Irónico, Eisner se encogió de hombros—. Eso tendría gracia, ¿no? A algunos de tus colegas y subordinados no les caigo bien. Dicen que soy un tipo que si no estoy al margen de la ley, no le ando lejos. Y que precisamente yo fuese quien os diera el caso cerrado... Sí, tendría mucha gracia, Graham.

—Te apartas del tema, Todd. Hablaste de la Fuller y de su papel en esto. ¿Crees que estaba sola en el juego?

—¡Oh, no! Había otras: Daisy Turner, por ejemplo. Toda una red. Chicas fáciles, bonitas, poco escrupulosas y ávidas de dinero. El hampón de turno, Norton Gruber, metido en el negocio de distribución... Pero todo eso, el FBI lo sabe o lo sospecha. Y no hace nada por romper eslabones. ¿Motivo? Interesa el primer eslabón. El cerebro. La entrada en el país de las drogas. El camino utilizado, la mente que ordena en la sombra, que dirige, que paga...

Hubo un corto silencio. El inspector federal exhaló un suspiro y afirmó con la cabeza.

—Sí, muchacho —convino—. Habrías sido un buen agente de mi departamento. O de cualquier otro. ¿Por qué no lo hiciste?

—Me gusta ser independiente. Esa puede ser una buena razón. Nada de «sí, señor», «no, señor», «claro, inspector», «perdone, inspector»... No, no iría conmigo todo eso, Graham, y tú lo sabes.

—El anárquico, rebelde y feroz individualista llamado Todd Eisner —resopló el federal—. Una especie a extinguir.

—Lamentablemente —sacudió Todd la cabeza—. Bueno, Graham. Te he presentado el cuadro. Dime dónde me equivoqué.

—En ninguna parte. ¿Trabajas para alguien, aparte de tu amistad personal con Farrell?

—Si fuese detective, te diría que es secreto profesional. No lo soy, ni tengo profesión. Sí, me paga el viejo Kellerman. Solo desde hoy, se entiende.

—Ya. Quiere eludir el cerco.

—O demostrar su inocencia en ese asunto de las drogas.

—Tal vez. Tu visita me preocupa. ¿Qué ofreces?

—Quizá la clave en el caso de las drogas. La prueba o evidencia que precisáis.

—¿Y pides a cambio...?

—La prueba o evidencia que salve la vida de Lester Farrell.

—Es difícil la transacción, Todd. Farrell es tu amigo. Pero estaba en este lío de los narcóticos...

—Lo sé. Su papel no era importante, sin embargo. Tal vez Daisy Turner le inició en eso, siguiendo su juego habitual. Luego, él se vio mezclado: distribución a cambio de recibir la dosis precisa para su vicio. Lo peor de iniciarse en esas cosas es que no siempre se puede dejar por propia voluntad.

—El FBI no tiene nada contra Farrell. Era un pez menor en el juego. Es cosa de la Metropolitana. Su caso es de asesinato, no de tráfico de narcóticos, Todd.

—Claro. A Farrell no le importaría pagar ese otro asunto. Creo, incluso, que lleva ya suficiente cárcel encima para compensar la que le cayera por mezclarse en el tráfico de estupefacientes. Pero un asesinato, una pena de muerte... es demasiado, cuando un hombre no ha cometido ese crimen.

—¿Tienes ya alguna evidencia al respecto?

—Solo la muerte de Sheree Turner. Y el ataque de que la esposa de Farrell fue objeto para quitarle una llave de plástico con el número 13 y el prefijo «Glass Key». ¿Eso te dice algo?

—¿«Glass Key»? —Graham enarcó las cejas—. Espera... «Llave de Cristal»... No sé, algo me pasó por la mente. ¿Puede ser importante?

—Creo que sí. De otro modo, Karin Farrell no hubiera sido atacada para robársela.

—Espera. Consultaré a Archivo —tomó un teléfono y pidió cualquier dato referente a la frase «Glass Key» fuese ello lo que fuera. Colgó, con un suspiro—. En pocos minutos tendremos algo, Todd. Sigue, ¿qué más hay?

—Me han intentado matar dos veces. Y en otra me atacaron, quizá con igual intención.

—Sí, de eso me he enterado —sonrió—. Ya te digo que estamos aquí muy bien informados. ¿A quién acusarías tú de semejantes

agresiones?

—La primera vez, a Niko Taradash y los «gorilas» de Gruber. Se asustaron, y dieron un paso en falso.

—¿Y después?

—No lo sé. Tal vez el «cerebro» del asunto de los narcóticos. Tal vez el asesino de las muchachas, si es que no se trata en ambos casos de la misma persona. ¿Sabías que Sheree Fuller iba a abandonar hoy la ciudad, inesperadamente, dejando incluso su trabajo?

—No. ¿Quién te contó eso?

—Judy Vickers, una joven amiga suya, involucrada al principio en eso por el sargento Hoggart.

—Marcus Hoggart... —repitió entre dientes Graham. Miró a su viejo amigo—. Todd, ¿te ha hablado de él tu amigo Bridges?

—Y otras personas. Sé la clase de reptil que es, si a eso te refieres.

—Hay sospechas de que se deja sobornar para colaborar con los traficantes de droga.

—Lo sé. Si podéis, caed sobre él. Será un día grande para la policía de Los Ángeles. Y para mí. Si alguien me produce alergia, ese alguien es Hoggart.

—Lo creo. De modo que la Fuller iba a ausentarse de aquí... ¿Miedo?

—Eso creo.

—¿A qué o a quién?

—Tal vez a su asesino. Tal vez a la organización. Esa es mi gran duda. Me muevo entre tinieblas. Y el tiempo pasa. A las seis de la mañana, si no hay una prueba contundente, el gobernador permitirá que Farrell sea ejecutado, sin mover un dedo en su favor.

—Sí, ya entiendo —Graham se frotó el mentón, pensativo—. Te has metido en un buen dilema. Solo un día... para salvar la vida de un hombre. Tu mejor evidencia sería encontrar al asesino.

—No pido tanto. Eso sería lo ideal. Me conformo con esa evidencia que preciso para convencer al gobernador de California de que conmute la pena por tiempo indefinido, a la espera de una revisión o de la proclamación de inocencia del condenado.

El teléfono sonó en ese momento en la mesa de Graham. Pidió una excusa breve a su amigo, y descolgó. Asintió, ceñudo. Luego,

habló escueto:

—Está bien, dejen todo como está. Luego iré a verlo personalmente. Y avisen a la Metropolitana. Conviene trabajar en combinación con ellos en este asunto. Ya le diré las razones, agente Burke.

Colgó. Se quedó mirando muy fijo a Eisner. Este presintió que algo importante había sido hallado por el FBI. Le apremió a su amigo:

—Bueno, estalla, si quieres. Pero no me tengas en vilo.

—Narcóticos, Todd. Han sido encontrados en cantidad respetable. LSD, saquitos de opio y de heroína...

—¿Dónde?

—En casa de Sheree Fuller precisamente.

—La policía no encontró nada...

—Porque no buscó donde debía —exhaló un suspiro Graham—. Nosotros, sí. Revisamos los alimentos de Sheree en su frigorífico. Sin olvidar las latas de conserva. Todas ellas de pescado. De Kellerman. Dentro estaban los estupefacientes.

Todd Eisner se quedó de una pieza. Abrió los ojos, con cierta sorpresa. Volvió a sonar el teléfono. Graham se inclinó, rápido, tomándolo con decisión.

—¿Sí? —preguntó. Escuchó en silencio—. Conforme, sí. Eso está bien, gracias. No, nada más. Creo que es suficiente. Luego veré ese *dossier*.

Colgó. Eisner esperaba.

—¿Más novedades? —quiso saber.

—Sí. Tu llave. Ya sabemos de dónde es.

—Cielos, Graham, eres portentoso a veces. ¿De qué, por todos los diablos?

—Un yate, Todd. Se llama «Llave de Cristal». Un raro nombre para una embarcación de placer.

—¡Un yate!

—Eso es. De los llamados de «gran crucero», y matriculado en San Francisco de California, aunque habitualmente surto en aguas de Long Beach. Su propietario, por si te interesa saberlo... es Josuah Kellerman júnior.

Glass Key.

Un yate de gran crucero. Unos miles de toneladas. Más de dos. Quizá tres. Cubierta amplia, camarotes, velas plegadas, poderoso motor diésel, toda clase de lujos y de recursos confortables a bordo...

Era aquel. El Llave de Cristal. Raro nombre para un barco, como decía Graham, del FBI. Se mecía suavemente en aguas de Long Beach, frente a la playa empapada de agua de lluvia. El agua de la bahía era de un gris plomizo, bajo las gotas intermitentes de la llovizna.

Todd Eisner contempló la embarcación desde la punta rocosa de San Pedro, sintiendo volar sobre su cabeza a las gaviotas. Luego bajó la mirada a la playa. Una canoa a motor permanecía varada allí, como esperando a alguien. Un hombre de camiseta blanca y pantalón azul pálido montaba guardia junto al motor.

Poco más tarde, un automóvil se detenía en la carretera, junto a la playa. Un hombre bajó de él. Lo reconoció inmediatamente. Alto, rubio, esbelto y pajizo. Theo Bellamy, el secretario personal del viejo Kellerman.

Portaba una cartera portafolios, y caminó hacia la embarcación a motor. Todd, rápidamente, bajó por entre las rocas.

Cuando Bellamy saltaba a bordo de la canoa y el guardián, ponía su motor en marcha, Todd Eisner apareció en la arena, saliendo de detrás de un promontorio jocoso, con los pantalones mojados de agua del mar.

—¿Puedo acompañarle, Bellamy? —preguntó, cortés.

El secretario del magnate se volvió sorprendido. Pestañeó al verle.

—¡Señor Eisner! —exclamó—. ¿Qué hace usted por aquí?

—Alguien me habló del yate del joven Kellerman. Tengo que hablar personalmente con él. Es en relación con mi empleo actual, al servicio de su padre. ¿Cree que pondrá mala cara si me ve a bordo?

—Pues... no sé. Por mi parte, no puedo oponerme, puesto que sé que trabaja para mi jefe. ¿Por qué no prueba a venir? Que yo sepa, el joven señor Kellerman todavía no ha echado a ningún visitante a los tiburones.

—Claro —rio Todd entre dientes, mientras saltaba a bordo de la

canoa—. Entre otras cosas, porque aquí no hay tiburones.

La canoa arrancó, avanzando como una flecha, sobre el oscilante mar gris, hacia la silueta esbelta del yate anclado en la bahía de Long Beach. Un reactor, salido del aeropuerto de Signal Hill, remontaba el vuelo entre el plomizo cielo, allá sobre el litoral.

Bellamy le contemplaba curiosamente, mientras el viento agitaba sus cabellos y el agua les salpicaba, pulverizada. No parecía demasiado molesto por su presentía. Todd se preguntó cuál sería el grado de fingimiento del hombre de pelo pajizo y ojos claros e inexpresivos.

—Yo también llevo a bordo asuntos relacionados con el señor Kellerman padre —explicó innecesariamente, golpeando la cartera de piel oscura—. Ellos no se llevan muy bien entre sí, ya habrá podido observarlo. Soy una especie de intermediario entre ambos. Y no siempre es fácil, créame.

—Le creo —suspiró Todd, sentado en el borde de la canoa, con la vista fija en el yate—. ¿Ha visto al joven Kellerman después de... de la muerte de su amiguita, Sheree Fuller?

—No. Hace casi un mes que no le veo —se encogió de hombros—. Pero no creo que eso le haya afectado mucho, si es que sabe que sucedió. Si usted le hubiera visto como yo... Siempre hay una de turno. Seguramente ahora mismo, a bordo, haya ya otra muchacha que le haga olvidar el improbable y dudoso trauma que la muerte de uno de sus romances le causaría.

—Ya —miró de nuevo al yate—. Hace rato me estaba preguntando quién sería la dama tan poco vestida que arrostra la lluvia y la brisa del mar agitado, en la cubierta del yate. Creo que usted me ha dado la respuesta.

Bellamy miró con sobresalto hacia la lujosa embarcación de recreo, y descubrió la silueta tendida a popa de una exuberante mujer de piel morena y cabellos de un negro azulado. Su bikini rojo era tan breve que parecían dos simples manchas de pintura a la altura de su torso y sus caderas. Dado el volumen de ambas zonas, el tejido utilizado resultaba ridículo y casi inútil.

La canoa llegó junto a la embarcación anclada. Esta se mecía endiabladamente, a causa del estado de la mar. Subieron a bordo con cierta dificultad. La joven morena se incorporó, anudándose con premura la pieza superior a su espalda. Aun así, Todd Eisner

tuvo una panorámica envidiable de la situación. Desvió con dificultades la mirada, cuando Bellamy, siempre cortés, casi servil, le indicó:

—Venga, por favor. El señor Kellerman hijo debe estar ahora en su camarote. Sin duda le interesará saber que tiene un huésped imprevisto a bordo...

Todd asintió, siguiéndole por la angosta escalerilla que descendía a la planta inferior. Interiormente, el yate era amplio. Tanto, que hasta seis cabinas se abrían a cada lado del mismo. Vio un cuarto de aseo, un saloncito, una cocina, un comedor, cabinas con literas, un almacén de provisiones y elementos de navegación o útiles para el motor...

Sus ojos se clavaron en las llaves introducidas en cada cerradura de esas puertas de barnizada madera color, café.

Llaves de plástico. Con un número en rojo para cada cabina. Desde el número 1 al número 12. Todas transparentes, como de cristal. Todas con el distintivo escrito en azul: «Glass Key».

La embarcación llamada Llave de Cristal tenía doce camarotes visibles allí. ¿Dónde estaba el camarote número trece... y dónde la llave correspondiente?

Theo Bellamy le precedía en la marcha por el corredor. Se detuvo ante el camarote número uno. Golpeó suavemente la puerta. Dentro sonó una voz fuerte, juvenil, vigorosa:

—¿Quién es? ¿Ha llegado ya Bellamy?

—Yo soy Bellamy, señor Kellerman —respondió el otro, apresurándose a añadir—: Y no vengo solo. Me acompaña un visitante.

—¿Un visitante? —hubo dentro un roce brusco, como de alguien que se pone en pie con alguna violencia—. ¡No quiero visitantes, Bellamy! ¡No he citado a nadie, sino a usted!

—Lo siento, señor. Es un empleado de su padre quien viene conmigo... El señor Eisner, Todd Eisner.

Se abrió bruscamente la puerta de la cabina y apareció en ella Josuah Kellerman júnior. Quedóse mirando con expresión endurecida a su visitante.

—¿Quién le invitó a venir a bordo, señor? —fue su poco amable pregunta.

Todd Eisner sonrió, inclinando la cabeza.

—Sheree Fuller —dijo, escueto—. O quizá su espíritu...

Capítulo VIII

NUEVO CRIMEN

—Si fue una broma, no tenía ninguna gracia, señor Eisner.

—Lo lamento. Pero no era totalmente broma. A veces actuamos movidos por algo o por alguien, sin siquiera advertirlo. Creo que aquellos que mueren violentamente dejan vagar su espíritu entre nosotros, esperando ser vengados en la persona que causó su muerte.

—Está diciendo tonterías. No soy sensible a esas cosas. Ni creo en el espiritismo.

—Mal hecho —bostezó Eisner, contemplando el mar desde el «ojo de buey» del camarote, con su vaso de whisky y hielo en la mano—. Si Shakespeare no hubiera sido espiritista, jamás habría escrito Hamlet. Ni tan siquiera Macbeth.

—Me tiene sin cuidado Shakespeare. ¿Qué pensó, Eisner? ¿Qué ignoraba la muerte de Sheree? —le señaló el potente aparato emisor-receptor de radio, en su cabina de mando—. Escucho los boletines de noticias, por cuestiones puramente financieras. Así me enteré.

—De modo que estaba en el yate cuando ella murió.

—Sí, así es.

—¿Tiene modo de probar eso, señor Kellerman?

—No necesito probar nada. Nadie me acusa.

—Todo puede suceder. ¿Estaba esa bella joven a bordo, para testimoniar a su favor?

—Ella no tiene nada que ver en esto. Déjela fuera del cuadro, Eisner.

—Como quiera. Usted escuchó aquí la noticia. Pero eso no probará que estaba aquí al ser asfixiada Sheree Fuller por una persona desconocida que, evidentemente, tenía la llave de su apartamento.

—Escuche, Eisner. Lo de Sheree y yo iba ya en barrena. A mí nunca me duran los idilios de ese tipo. No espere verme llorar por

ella ni por ninguna otra. No va conmigo.

—Me hubiera decepcionado que no fuera así —Todd se volvió, haciendo bailotear en el whisky los cubitos de hielo que le pusiera Kellerman júnior, al invitarle—. Lo que me preocupa es que ella ahora está muerta Y que otra mujer fue agredida, solo para quitarle una llave.

—¿Una llave?

—Eso es. Una llave de cristal, con un número... Señor Kellerman, ¿cuál es el camarote número trece de este yate?

Él lo miró, perplejo. Sacudió la cabeza, con sorpresa.

—No hay camarote número trece —replicó—. Solo existen doce cabinas a bordo.

* * *

Bellamy recogía documentos firmados por el joven Kellerman, en silencio. Copias y algún que otro original quedaban en poder del hijo del viejo magnate de la industria conservera. Después, en silencio siempre, Bellamy tendió a Josuah un talón bancario.

Una lejana y simple ojeada reveló a Todd la existencia de una suma consistente en un cinco y cuatro ceros sobre el verde papelito bancario. La firma enérgica de Josuah Kellerman sénior era bien visible en el cheque.

—Es mi asignación mensual, señor Eisner —dijo burlón el joven, al captar su mirada. Y agitó el papelito, irónicamente—. ¿Le parece mucho dinero? No sabe los gastos que tiene uno, con una embarcación así; las chicas, los automóviles deportivos y todo eso...

—Ya —Todd se mostró seco—. ¿Y su aportación personal a la Factoría Kellerman?

—Ser el hijo del viejo titán —se mofó el joven, con un destello irritado en sus ojos fríos y endurecidos, bajo el rebelde mechón de su cabello. Era fuerte y vigoroso, pero su rostro revelaba cierta demacración, pese al saludable color del yodo marino—. ¿Le parece poco? Ser un Kellerman es, a veces, una pesada carga.

—El oro pesa más —señaló Todd el cheque—. Y es más agradable de sobrellevar que ciertos apellidos familiares...

—Señor Eisner, aún me pregunto qué vino a hacer a bordo. ¿Preguntas sobre Sheree, sobre un camarote inexistente, y cosas así? No tiene mucho sentido.

—No, no lo tiene. Kellerman, ¿usted también se relacionó íntimamente con una chica llamada Daisy Turner?

—No puedo recordarlo —rio, cínico—. ¡He tenido relaciones con tantas otras...!

—A esa sí debe recordarla. Fue asesinada también. Y su presunto asesino espera morir hoy en San Quintín.

—¡Cielos, qué patético suena todo eso! Es como si yo hubiese llevado la fatalidad en mis amores, ¿no es cierto? —pareció reflexionar, algo más seriamente, y afirmó al fin—: Sí, algo tuve con Daisy Turner. Pero ya no, cuando le ocurrió la desgracia.

—Curioso...

—¿Qué es lo curioso, Eisner?

—Siempre que mueren... usted las había abandonado previamente. Patético también.

—¿Quiere acusarme de algo en particular? El trabajar con mi padre y recibir su dinero no le da derecho a...

—Escuche esto, Kellerman. El FBI ha encontrado narcóticos en casa de Sheree Fuller. En latas de conserva de su padre. Daisy Turner proporcionaba drogas a Lester Farrell, el hombre acusado de su muerte, y a otros muchos, para iniciarlos en el vicio y distribuir a la vez la mercancía. Las dos murieron asfixiadas por un misterioso procedimiento que se va a aclarar exhumando el cadáver de Daisy Turner por orden judicial. Y aún hay más: existe una llave número trece, por la que una mujer corrió peligro de ser también asesinada, y que provocó una agresión criminal contra mi persona, para dar tiempo a que fuese recuperada. Esa llave era de su yate, sin lugar a dudas. ¿Quiere más detalles para que el FBI se incaute de su yate y le interroge a fondo sobre muchas cuestiones como esos narcóticos que todas sus amiguitas de turno han distribuido casualmente a la vez?

Las duras palabras de Todd parecieron impresionar a su interlocutor, que se echó un poco hacia atrás, sobresaltado.

—¡Eh, un momento! ¿Adónde quiere ir a parar? —masculló.

—A esto, Kellerman: su papel en este asunto está bastante oscuro y peligroso. Un hombre, un policía indigno llamado Marcus Hoggart, recibe dinero de alguien a cambio de hacer la vista gorda en el caso de las drogas. Y, casualmente, ese policía se relacionaba íntimamente con las dos mujeres, Daisy Turner y Sheree Fuller.

Complicado, ¿no? Pues a la policía no le va a resultar difícil acusarle a usted de complicidad en todo eso, de sobornar a Hoggart con el cuantioso dinero que recibe de su padre sin hacer nada por ganarlo ni merecerlo, salvo llevar una vida, cómoda y libertina, e incluso sería posible que la idea, nada desdeñable por cierto, de que usted trae las drogas a bordo de este yate, para introducirlas en el país, se le pasara por la mente al jefe de la División Federal de Narcóticos. ¿Qué me dice a todo ello?

Hubo un repentino silencio. Bellamy carraspeó, indeciso.

—Bien, señores, si les parece, me ausentaré, puesto que todo está conforme, y el señor Kellerman tiene que verme aún, antes de cerrar la factoría...

—Está bien, Bellamy, váyase —habló tajante el joven Kellerman. Luego, mirando al hombre que tan duramente le atacaba, manifestó con voz ronca—: Está bien. Hablaremos usted y yo. ¿Quiere quedarse un par de horas a bordo? Le invito a tomar algo; un *lunch* frío, si le place... en compañía de Marisa y mía. De paso, le hablaré de unas cuantas cosas interesantes para usted. No estoy complicado en nada de narcóticos ni nunca lo estuve. Detesto iniciarme en nada de eso. Mi debilidad es otra: las chicas, el alcohol, los coches veloces... Pero nada de estupefacientes, se lo aseguro, Eisner. En cuanto al camarote número trece... nunca ha existido a bordo. Pero, eso sí, tiene que haber una llave número trece.

Theo Bellamy, el eficiente secretario, ya había salido de la estancia. Y empezaba a bajar a la canoa a motor, para volver a tierra. Todd Eisner se quedaba solo en el yate, con Kellerman, con la exuberante Marisa, que deambulaba por cubierta luciendo sus opulencias morenas... y con cinco o seis tripulantes al servicio del joven.

«¿Un lugar de recreo, o la boca del lobo?», pensó, interiormente.

Ya era tarde para volverse atrás. Y no iba armado. La pistola silenciosa se quedó con otras pertenencias suyas, en el hospital.

—Bien... —dijo Eisner, pensativo—. ¿A qué lugar corresponde esa llave número trece?

Josuah Kellerman júnior se incorporó. Paseó en silencio por el camarote. Luego, de repente, se detuvo y respondió con brusquedad:

—A la bodega, donde guardo todos los útiles, el combustible, la

carga del viaje... Una vez perdí esa llave. Y me hice preparar otra. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Si la perdió estando Daisy Turner a bordo... puede que tuviera importancia.

—Sí. Es posible que ella estuviera. Todas mis amiguitas han estado uno o varios días en el yate. ¿Pero qué importancia tendría para Daisy Turner una simple llave de plástico?

—El simple hecho de que utilice unas llaves de plástico especial ya indica que las cerraduras también son especiales. Durante los días que ella estuvo aquí había algo en esa bodega que le interesaba particularmente y que precisaba introducir o sacar de allí. Por eso obtuvo la llave. Luego, inadvertidamente, al ocultarla, debió llevársela consigo. Usted ya dejaba de verla, ella no tuvo ocasión de volver a bordo... y la llave se quedó con ella. Esa llave, según Farrell, tenía una importancia en el caso. La propia Daisy la tenía junto a sí al morir...

—¿Importancia? —Kellerman sacudió la cabeza—. No logro entenderlo... Yo nunca he guardado allí nada especial. A menos que lo hiciera alguna otra persona...

—¿Quién, por ejemplo? ¿La propia Daisy?

—Ella no fue conmigo a alta mar, que yo recuerde. Solo pasó aquí algunos ratos, a bordo. No tiene sentido la cosa, ¿verdad?

—Tal vez sí —reflexionó Todd Eisner, ceñudo—. ¿Quién más ha viajado en este yate?

—Menos mi padre, todo el mundo que tuvo alguna relación conmigo —rió de buena gana el joven. La puerta se abrió a espaldas de Todd, y la impresionante belleza, morena y generosa, de la amiguita de turno hizo su entrada en el camarote. Unos rasgados ojos oscuros le miraron curiosamente. Todd recorrió las curvas de la dama sin ningún disimulo. Ello no pareció molestar particularmente al joven Kellerman, que bebía un trago con indolencia. Luego añadió, risueño—: Marisa, querida. Te presento a un buen amigo, el señor Eisner. Trabaja para mi adorado papá. De modo que pórtate bien con él, y prepara un refrigerio a base de emparedados, cerveza o vino y lo que desee tomar nuestro huésped. Pero eso sí, nada de conservas Kellerman, ¿eh? No quiero morir envenenado en plena juventud...

Todd sonrió, pero solo de epidermis afuera. Interiormente estaba

dándole vueltas a cierta teoría. Y encontraba que era altamente razonable...

* * *

Su reloj seguía siendo el enemigo más implacable que tenía.

El suyo y cualquier otro. El tiempo no perdonaba, no se detenía. Eran las seis y media de la tarde cuando pisaba de nuevo la arena de la playa, ya en sombras totales. Todd miró en torno, no demasiado convencido. Con él viajaba la morena de las curvas mareantes. Sobre el bikini lucía ahora un ceñidísimo pantalón blanco, de espuma, y una blusa diminuta, como encogida, que no hacía gran cosa por disimular la generosidad de sus formas. Pero al menos no era un bikini mínimo.

—Bueno, preciosa, ya que Kellerman no ha querido que te quedaras a pasar la noche allí, vamos a intentar nosotros llegar a Los Ángeles antes de que sea demasiado tarde —señaló arriba, al promontorio—. Dejé allí mi coche. Si no tiene una bomba en el encendido o los neumáticos reventados, es posible que lleguemos vivos a la ciudad.

—Tus bromas son extrañas, Eisner —dijo ella, echándosele encima virtualmente, al tropezar en unas piedras de la playa.

—Si hubieras estado conmigo en dos excursiones automovilísticas, no creerías que eran bromas. Anda, encanto, subamos. Dame la mano. Si te caes, puede engullirte el mar.

Subieron con cierta dificultad. A Marisa, la morena amiguita de Kellerman, las curvas parecían restarle agilidad.

Afortunadamente, los neumáticos estaban bien. Nadie parecía haber tocado el coche. Pese a ello, precavidamente, Todd examinó las conexiones y el motor, antes de decidirse a entrar, sentando a su lado a aquella especie de ánfora de carne que era Marisa.

—Vamos, preciosa —suspiró—. Esto sigue siendo un coche, no un ataúd con ruedas.

Emprendieron el regreso hacia Los Ángeles. Marisa se apoyó en su hombro. Lo peor es que otros puntos de la anatomía de aquella bomba morena le rozaban provocativamente. Aun así, mantuvo su serenidad conduciendo.

—Muy preocupado anda tu amiguito, para haber preferido hoy la soledad a tu grata compañía —meditó Eisner en voz alta.

—Oh, es un tonto cargado de dinero... —ronroneó ella, mientras acariciaba la mejilla de Eisner—. Él se lo pierde... ¿Adónde vamos a ir tú y yo esta noche, querido?

—A ninguna parte, encanto. Creo que tengo ocupadas todas mis horas, incluso las destinadas al sueño. Te dejaré donde tú digas... y otro día nos veremos con mayor libertad.

—¡Oh, no os entiendo a los hombres! —se exasperó ella—. ¡Una mujer como yo... y ya sois dos los que me despreciáis la misma noche!

—Bueno, ya sabes cómo son la Bolsa y las finanzas —rio Todd, lanzando el coche vertiginosamente hacia el centro urbano—. Las cotizaciones a veces bajan... pero luego suben de nuevo, no te preocupes...

* * *

El capitán Bridges le miró fijamente.

—Todd, cada vez te metes en más líos. En el hospital te andan buscando como locos, y han dado parte a la policía de tu desaparición.

—Tú eres la policía, ¿no? —rio entre dientes Eisner.

—Si fuera como debo ser, tendría que acusarte de tenencia ilícita de armas de fuego, de intervención oscura en un accidente de circulación en la autopista y de evadirte de un hospital, robando unas prendas ajenas.

—Dejé dinero por ellas...

—¡Maldita sea, ya lo sé! —se incorporó de un salto—. Pero, Todd, estás metiéndote cada vez más en un buen enredo. ¿Has pensado que en cualquier momento puedes importunar a alguien lo suficiente como para que te liquiden del mundo de los vivos?

—Ya lo han intentado dos veces, Neville.

—Y seguirán intentándolo, si les das motivo para ello. ¿Por qué no dejas todo eso, de una vez por todas, en nuestras manos?

—Muy sencillo: porque son ya las ocho de la tarde. Y faltan solamente diez horas para que un hombre muera en San Quintín. No, no puedo dejarlo.

—Podría encerrarte ahora. Sería la única solución.

—Si luego Farrell era ejecutado, siempre te quedaría el remordimiento de pensar si conmigo en libertad de movimientos

todo hubiera sucedido igual, Neville.

—Lo que la policía no descubra no vas a descubrirlo tú. Además, nos ayuda el FBI. Ya sabrás por tu amigo Graham lo de las conservas de Sheree Fuller, ¿no? Tu nuevo jefe, el señor Kellerman, va a tener que responder a muchas preguntas. Y posiblemente sea acusado formalmente, mañana, de tráfico de drogas.

—Mañana. Parece tan lejana esa palabra. Y sin embargo, está tan cerca. Ahí mismo, delante de nosotros... y de Farrell.

—Todd, ¿qué piensas hacer? El plazo se termina ya. Y no tenemos nada entre manos que ofrecer al gobernador. Esas drogas no bastarán.

—Ya lo sé. Neville, tengo una idea.

—¿Otra? —se horrorizó el policía.

—Escucha, tienes que ayudarme. Haz venir aquí a Hoggart.

—¿A ese sapo? ¿Para qué? Ensuciará mi despacho, y he agotado el desinfectante.

—Hazlo. Llámalo. Interroga a Hoggart. Apriétale las clavijas.

—¿En qué sentido? Negará todo cuanto le digamos.

—No podrá hacerlo. Creo que sé algo sobre la persona que introduce las drogas, sobre la persona, en suma, que mató a las dos chicas, para evitar que hablaran demasiado del negocio de los estupefacientes.

—Por todos los diablos, ¿qué es ello?

—Tú llama a Hoggart. Yo haré mi propio golpe de teatro cuando él esté acosado y crea que puede combatir todas las acusaciones contra él. ¿Lo harás, Neville?

—Está bien, lo haré. Pero si eso falla, no quiero oírte ninguna sugerencia más —se inclinó sobre un interfono, y pidió que el sargento Marcus Hoggart acudiera a su despacho.

—Lo siento, señor —dijo uno de los funcionarios—. No está en su oficina.

—No consta que esté de servicio ahora. ¿De veras no está en el departamento?

—Le buscaremos, pero no le ha visto nadie desde hace rato —fue la respuesta.

Cerró Bridges. Miró ceñudo a su amigo.

—Ese Hoggart... Siempre anda en cosas oscuras, maldito sea.

—Hasta que pierda el pie y se caiga para no levantarse más —

comentó secamente Todd.

Esperaron un rato. Insistió Bridges. Continuaba el silencio en torno a Hoggart. No estaba en el edificio de la policía.

Todd paseaba por el despacho, pensativo, como dándole vueltas a algo, nervioso, sin duda alguna. De repente se paró en seco. Miró a su amigo.

—¿Quieres hacer una detención? —preguntó, brusco.

—¿Detención? ¿De qué clase? Si arresto a un inocente o a alguien contra quien nada puedo probar, no tendría ninguna gracia, Todd.

—Creo que sí vas a poder probar algo. Se trata de una persona que viajó con el joven Kellerman cuando se robó la llave de plástico por parte de alguien. Daisy no fue la ladrona, pero ella sabía quién la robó, puesto que se quedó con ella, como evidencia. El hombre que utilizó esa llave para algo, al saber que estaba en poder de la esposa de Farrell, la agredió para recuperarla, puesto que había hecho intervenir el teléfono de la esposa de Lester en previsión de algo así. Ya anteriormente había buscado la llave en el apartamento de Daisy, estérilmente.

—¿El propio asesino la buscó? Si dijo Farrell que estaba junto al cadáver...

—Creo que Daisy la llevaba encima, y al ver que buscaba la llave, en su precipitación, la dejó caer. No produjo ruido en la moqueta, y no llegó a verla. Porque el que buscaba la llave no era el asesino, sino un compinche suyo: el hombre a quien te he pedido que llames aquí.

—¡Hoggart!

—Sí. Tu subordinado indigno, el policía que se vende. Esta vez fue muy lejos. Se dejó comprar por el cerebro del tráfico de drogas, por el jefe de todo ese siniestro grupo delictivo. Las drogas entran con el yate del joven Kellerman, es obvio.

—¿Tratas de proteger a tu cliente, el viejo Kellerman, y sus barcos pesqueros? —arrugó el ceño Bridges.

—No, no. No trato de defender a nadie. Es el yate el que sirve muchas veces para el tráfico de la droga... De modo que la persona que mueve ese asunto dispone de medios abundantes, puede luego introducir los saquitos de estupefacientes en latas de conserva de la Factoría Kellerman... y tiene dinero y gente suficientes para

producir emboscadas criminales, para intervenir teléfonos privados...

—En suma: estás acusando a Josuah Kellerman júnior, ¿no es así?

—No —negó Todd Eisner—. Estoy acusando a Theo Bellamy, el secretario del viejo Kellerman.

—¿Qué? —aulló Bridges, sorprendido.

En ese momento sonó el teléfono. Lo descolgó, preguntando abruptamente:

—Capitán Bridges, de Homicidios. ¿Qué hay? —escuchó en silencio. Todd observó su repentina palidez. Luego colgó el teléfono —. ¡Cielos, no! Bien, dejen todo así. Voy para allá...

Se encaminó presuroso a la salida. Todd le apremió:

—¿Qué es lo que ocurre, Neville?

Se volvió hacia él su amigo. Le espetó:

—Hoggart. Ha aparecido muerto. Asesinado, en la orilla del mar. La muerte es reciente. Apenas un par de horas... ¿Vienes, Todd?

—¿Y lo preguntas, Neville? —masculló Eisner, sombrío.

Capítulo IX

FINAL

—No ha sido un crimen muy científico, la verdad...

—No —Todd sacudió la cabeza, tras echar la manta húmeda nuevamente sobre el rostro desagradable del policía indigno, mucho más suavizado ahora por la muerte—. Un disparo a la cabeza, y al agua. Corría prisa eliminarle.

—He dado orden de captura contra Theo Bellamy. Espero que de un momento a otro caiga en nuestro poder. Los cargos son: asesinato y tráfico de drogas. Si te equivocas, seré yo quien vaya a la cárcel, Todd.

—No, no hay error —suspiró Todd—. Mató a Hoggart. Introdujo las drogas con el yate. Él tiene buena relación con los Kellerman, él goza de su plena confianza, él deambula por toda la factoría y puede manipular en los enlatados... Es Bellamy nuestro hombre, no hay duda.

—Y... ¿por qué mató a Daisy y a Sheree?

—Por el mismo motivo que a Hoggart, amigo mío. Eran molestas, sabían demasiado, se volvían peligrosas... Espero que ahora sí acepte esto el gobernador como una evidencia total.

—Esperémoslo. Lo importante sería capturar antes a ese hombre, a Bellamy...

Un agente se aproximó a ellos, presuroso. Informó:

—Theo Bellamy ha sido localizado, capitán. Hay un informe de la patrulla enviada a Redondo Beach. Se encerró en la Factoría Kellerman, armado. Tiene consigo un rehén. Una chica recién empleada allí, llamada Judy Vickers...

—¿Qué? —aulló Todd, palideciendo—. ¡Cielos, Neville, llévame pronto allí!

—Todd, ¿qué pretendes ahora? Este caso es ya asunto nuestro...

—Y mío, Neville. ¡Yo envié allí a esa chica a buscar trabajo! Si algo le sucede, será mi propia responsabilidad.

Bridges no comentó nada. Tomó consigo a Eisner en su coche

oficial, y haciendo sonar la sirena, partió vertiginosamente hacia la Factoría Kellerman.

* * *

—¡Bellamy, no tiene defensa posible! ¡Entréguese!

La voz retumbó desde el megáfono por toda la factoría, alumbrada violentamente por los focos policiales.

La respuesta fue un disparo que quebró una de las luces proyectadas hacia el edificio de la enlatadora principal, donde se hallaba encerrado el asesino con su cautiva.

—¡Vengan a cogerme, polizontes, y la chica pagará con su vida! —sonó exasperada la voz del rubio pajizo y afable individuo que conociera Todd Eisner como eficiente y humilde secretario de los Kellerman.

Todd y Neville se miraron, en angustiado silencio, tras uno de los proyectores de luz. A su lado, el viejo Josuah Kellerman habló roncamente:

—¡Dios mío! ¿Qué va a sucederle ahora a esa pobre muchacha?

—No sé, pero todo está perdido si sigue en manos de Bellamy. Ese hombre está enloquecido, como una fiera herida —silabeó Eisner—. Bridges, dame un arma.

—¿Qué pretendes? —se inquietó su amigo.

—Dame un arma. Yo resolveré esto.

—¿Estás loco? Puedes morir. Y hacer que muera la chica.

—No saldrá de ahí, si no es sacrificando antes a Judy Vickers, lo sé. Dame el arma, te lo ruego.

—Bien. Ahí tienes una... y suerte —le deseó Neville, dándole una automática de calibre 38—. No cometas locuras.

—Creo que no hay otro medio para sacarlo de allí.

Y avanzó, decidido, dispuesto a jugárselo todo a una sola carta frente a aquel enloquecido asesino parapetado, con una vida inocente por medio. La de la muchacha que había ido a Los Ángeles en busca de una vida mejor...

* * *

Fue un largo, profundo silencio.

Los policías iban tomando posiciones, los vehículos cercaban la

zona. Dentro había un profundo silencio ahora. De vez en cuando, el megáfono lanzaba órdenes a Bellamy. El oculto criminal respondía a balazos, gritando amenazas contra Judy Vickers.

Todd Eisner parecía haber sido engullido por la tierra. Pero Kellerman y Bridges sabían que no era así. Algo estaba intentando. Sorda, eficazmente, sin hacer correr riesgos innecesarios a la muchacha cautiva.

El FBI llegó poco más tarde, con el inspector Graham al frente. Los *G-Men* se apostaron en torno a la factoría, dispuestos a entrar en acción.

El cerco era perfecto. Pero, dentro de él, una vida inocente corría peligro de ser inmolada, como alto tributo al triunfo final de la ley.

El silencio continuaba adentro.

De repente, estalló la violencia.

Hubo un estrépito de vidrios rotos, un grito agudo de mujer, un disparo... Después, otro disparo, otro grito de mujer, uno más ronco, nuevo estruendo de vidrios, y entre un alud de plateadas latas de conservas, por un ventanal, salió proyectado un cuerpo al exterior.

Se estrelló sordamente contra el asfalto. Y allí quedó inmóvil.

El silencio en el cerco policial se hizo angustioso. Los reflectores se centraron en el caído...

—¡No es Eisner! —gritó agudamente el inspector Graham, del FBI.

—¡No, no es él! —corroboró, jubiloso, Bridges.

Corrieron todos al interior. Ya no había disparos ni violencia. Un cuerpo pajizo, rubio, yacía aplastado, entre miles de latas de conserva. Lo dejaron atrás. Algunos agentes de uniforme se inclinaron sobre el caído...

Por la puerta de la factoría asomaron una Judy Vickers llorosa y pálida, pero aún animosa y entera. Abrazada a un Todd Eisner ensangrentado, con el brazo derecho colgando, inútil, y la sangre corriendo desde un profundo boquete en el hombro...

—¡Todd! —rugió Bridges—. ¡Estás herido!

—Es poca cosa —sonrió Eisner—. Solo una herida en un punto poco importante... Lleven a la chica a alguna parte, se lo ruego. Llévela. Necesita cuidados, aunque es fuerte y valerosa como pocas...

—Sabía que ese muchacho lo conseguiría —dijo Josuah Kellerman, sénior, mientras los policías conducían a Todd Eisner a una ambulancia, y a Judy Vickers a un coche en el que la conducirían a lugar tranquilo, lejos de aquel escenario de súbita violencia y terror.

Theo Bellamy, cerebro de una organización de tráfico de drogas, asesino y peligroso delincuente bajo una apariencia tímida y amable, yacía entre las latas de conserva, sin vida. Vencido por Todd Eisner, un hombre duro y obstinado como pocos.

Epílogo

EL OTRO FINAL

Nerviosamente, Todd aplastó el cigarrillo. No podía mover su brazo derecho. Miró fijamente a Neville Bridges.

—Son las seis, Neville... —musitó, angustiado—. ¿Qué hay del gobernador?

—Nada aún... —susurró Bridges—. Esperamos su respuesta o el informe de San Quintín. Tiene todos los datos en su poder. Iba a decidir antes de la hora de ser ejecutado Lester. Seguro que lo habrá hecho... Es un caso de conciencia.

—Sí, supongo que sí —miró de soslayo a Judy Vickers, que había querido estar presente, en la sala del hospital adonde había regresado. La sonrió, animoso—. ¿Todo mejor, Judy?

—Sí, Todd —dijo ella—. Gracias una vez más. Le debo la vida...

—Bah, olvídelo, criatura —sonrió él—. Mañana, cuando todo esto se haya olvidado... no olvide que la invito a cenar y a bailar.

—¿Con un solo brazo? —rio ella.

—No soy mal bailarín. Lo haré bien con un brazo.

—Entonces, acepto... —su rostro risueño se ensombreció. Miró el teléfono, como si también a ella le preocupara todo aquello—. Debe ser terrible esperar a que un amigo...

—Lo es, sí —afirmó Todd roncamente. Encendió otro cigarrillo, con una sola mano, y Neville rechazó fumar—. ¡Oh, Dios! ¿Cuándo terminará todo?

La espera continuó.

El reloj señalaba ya las seis y diez minutos... El plazo había terminado para Lester Farrell...

Un agente de policía entró en la estancia, y provocó un sobresalto en todos. Traía unos papeles mecanografiados, que tendió a Bridges. Este lo tomó. Una expresión de sobresalto asomó a sus ojos.

—Toma —dijo a Todd—. Es del laboratorio y de la división de homicidios. Dos informes independientes. ¿Tú los entiendes?

Todd los hojeó, perplejo. Leyó el primero:

«Efectuada exhumación Daisy Turner. Analizados sus restos, se encontraron huellas de un veneno alcalino, difícil de localizar, capaz de provocar solamente la inflamación exagerada de las mucosas, especialmente en las vías respiratorias, provocando la muerte rápida por asfixia.

»El mismo veneno se encontró en las vísceras de Sheree Fuller, al transcurrir un cierto tiempo y ser analizados de nuevo sus residuos estomacales y sus tejidos. Ese veneno la asfixió, al hinchar su garganta, nariz y aparato respiratorio completo. No tuvo aire para respirar, como en el caso de Daisy Turner. El veneno aparecía mezclado con residuos abundantes de chocolate».

El segundo informe, de la división de homicidios, se refería a un envío de bombones de chocolate, por medio de una agencia particular de repartos. La caja de bombones envuelta en celofán, había sido depositada en la agencia de entregas, mucho tiempo antes, a nombre de Sheree Fuller, y a fecha determinada para su entrega.

El párrafo final del informe de homicidios, provocó un escalofrío en Todd Eisner:

«El nombre del remitente de dichos bombones era el de John F. Smith. Y sus instrucciones consistían en que fuese entregado al destinatario, para celebrar un acontecimiento macabro: la ejecución de Lester Farrell. El paquete debía entregarse doce horas antes de su ejecución...»

Sonó el teléfono en ese momento. Bridges se precipitó a él, sin esperar a más. Lo descolgó casi rabiosamente.

—¡Sí, capitán Bridges al habla! —gritó—. Oh, sí, señor gobernador... Sí, sí...

Sus ojos se desorbitaron. El teléfono estaba a punto de caer de su

mano. Una lividez mortal cubría su semblante. Instintivamente, Judy Vickers había ido hasta Todd Eisner y tomaba su mano ilesa con fuerza, estrujando los informes policiales...

—Sí, sí, entiendo... —dijo con voz muy ronca el capitán Bridges—. ¡Dios mío, lo entiendo, señor...! Gracias por todo, sin embargo...

Colgó. Parecía un cadáver viviente. Miró con horror a Todd Eisner.

—El... El gobernador se disculpa, Todd... —murmuró con voz rota—. No pudo hacer nada. A... las seis en punto... Lester Farrell ha sido ejecutado en la cámara de gas...

—¡Dios mío...!

—Todd, él... él confesó poco antes de la hora de morir... El gobernador había esperado hasta el último minuto. Eso rompió los nervios de Farrell. Confesó... Él mató a Daisy Turner... La mató porque le había traicionado y no le entregó su dinero, e iba a ausentarse, burlándose de él. Como luego intentaría hacer la Fuller... A ella también la mató a distancia, con unos bombones envenenados... encargándose previamente su gran coartada. Pero solo Daisy debía morir. Solo Daisy... Él era asesino, Todd, después de todo... Nos mintió...

—Sí, Neville —afirmó despacio Eisner—. Lo sabía... Acabo de saberlo ahora al leer esos informes...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España